REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII | San José, Costa Rica **1933** Sábado 26 de Agosto | Núm. 8

Año XV. No. 648

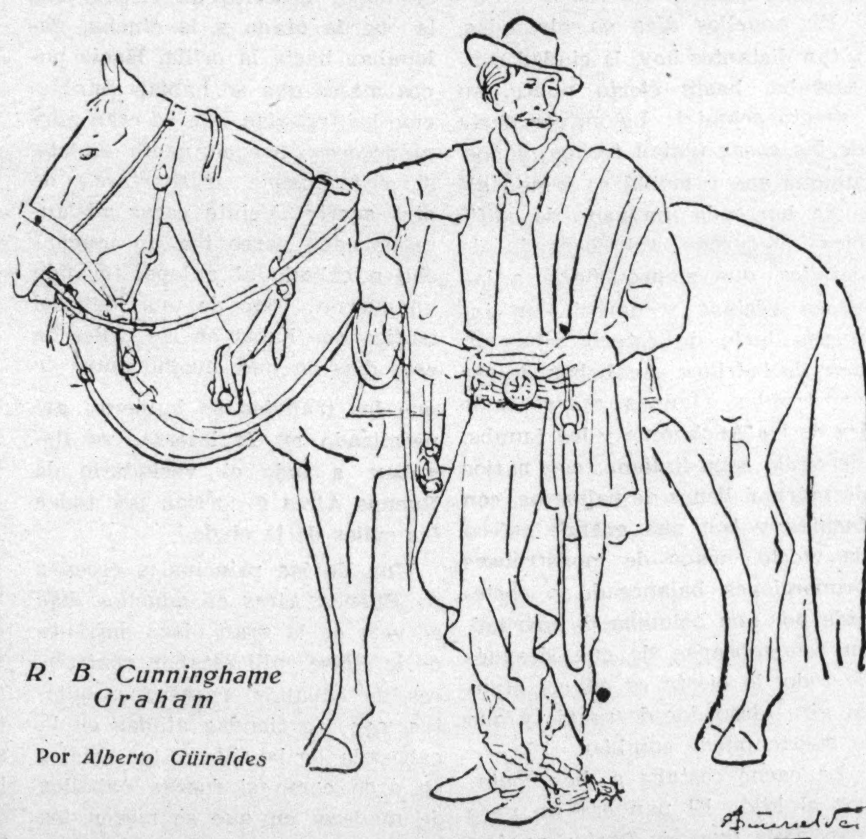
SUMARIO

NUMERO DE LA REPUBLICA ARGENTINA

(Bajo la dirección de ENRIQUE ESPINOZA. s/c: Rivera Indarte, 1030. Buenos Aires. Rep. Argentina)

Buenos Aires de antaño

= Un capítulo del libro *El Río de la Plata*. Trad. de S. Pérez Triana =



R. B. Cunninghame Graham

Por *Alberto Güiraldes*

Cuando ya habían botado el ancla, que caía con recio chasquido en las aguas amarillentas y revueltas, nada se alcanzaba a ver. Poco a poco llegaban, saltando por entre las olas cortas y agitadas, algunos remolcadores y toda una flotilla de botes balleneros, tripulados principalmente por genoveses. No parecían venir de patria alguna, pues no había tierra a la vista. Alrededor de nuestro buque, se hallaban otros barcos, meciéndose hasta dejar al descubierto las placas de cobre de sus fondos; eran naves genovesas, francesas e inglesas y algún bergantín de Portland, Maine.

En tanto que los remolcadores y los botes balleneros no habían llegado, no podía uno barruntar por qué habían anclado tantos barcos juntos allí, donde no se divisaba la tierra y en una mar tan bravía. A los diez minutos de andar al vapor en un bote ballenero, se veían los techos de las iglesias, las cúpulas, las torres y algunas altas palmeras; cinco minutos después, aparecía una ciudad blanca, de aspecto oriental, casi toda de azoteas, que se diría surgía de entre las ondas.

Poco a poco se la veía con mayor claridad; hacia el oeste se alzaba un barranco bajo, pero la ciudad continuaba apareciendo como sin base hasta que los remolcadores habían avanzado un poco más. Entonces se definía con más precisión; esto es, la parte más cercana a la margen del río, porque el suelo era tan plano que las casas más inmediatas ocultaban a las demás, creando la impresión de una larga lista blanca contra las aguas amarillas, interrumpida acá y allá por redondas cúpulas de tejados rojos.

Por fin, después de una travesía de cosa de cinco leguas, que dejaba a la flota de vapores anclada con las calas hundidas bajo el horizonte, se llegaba a la margen en que estaba edificada la ciudad. Había un muelle de madera despedazado a trechos, y que era motivo de inagotable chocarrería para el redactor del periódico inglés **The Buenos Aires Standard**, Patrick Mulhall, que renovaba la broma todas las semanas bajo la rúbrica de "Un agujero en el muelle". El dicho muelle se internaba cosa de cien varas en el mar.

Por lo general, las aguas no daban fondo para que las lanchas desembarcaran a sus pasajeros. Estos llegaban casi de seguro mareados y empapados hasta los huesos, porque las cinco leguas eran de aguas casi siempre agitadas y las lanchas, amplias de proa y cortas de eslora, saltaban y se hundían como un caballo salvaje. Allí llegaba un enjambre de botes, tripulados principalmente por napolitanos y genoveses, que bogaban alrededor de las lanchas como habían rodeado antes a los barcos transatlánticos. Los pasajeros prudentes no entraban en esos botes, sino después de haber cerrado trato con aquellos piratas ribereños, porque como no había tarifa de precios o si la había no se encontraba quien la hiciera obligatoria, lo seguro era que cobraran cinco o seis pesos por el transporte en las dos o trescientas varas hasta llegar a la orilla. Se desembarcaba en una escalinata resbaladiza, revestida de conchas y barnacles, y andando a tropezones se subía al muelle, desde donde por primera vez podía contemplarse toda la ciudad.

Casi todas las mercaderías se llevaban de los botes de desembarque a carretones tirados por bueyes, de estructura muy primitiva y con enormes ruedas. El conductor, que generalmente era vizcaíno, se sentaba sobre el yugo, llevando un recio mazo en la mano y cruzaba las piernas que dejaba colgar por encima de los cuernos de sus bueyes. El resultado de estos trasbordes era que el desembarque de las mercancías costaba casi tanto como el flete desde Europa hasta el Río de la Plata. Después de correr el azar de la aduana, lo que en esos días era cosa muy seria, se salía a unas calles de arcadas bajas, habitadas exclusivamente por italianos de la clase marinera. Allí se les veía sentados en misérrimos cafés, bebiendo **grappa** y jugando al naipe. De las mesas se alzaba un confuso rumor de todos los dialectos de la península italiana.

Lo que llamaba la atención aun allí, entre esa gente de mar, en donde todo tenía sabor salino, era ver a la puerta de todas las casas uno o dos caballos maneados. Saliendo de allí, al entrar en las calles ahondadas, tendidas entre andenes que corrían a cosa de una vara de elevación, se veían más caballos. Los vendedores de leche, que casi siempre eran vizcaínos, andaban a caballo. Otros hombres que llevaban redes de pescar o pieles frescas, goteantes, de reses recién desolladas, también andaban a caballo. Se veían también hombres de negocios, bien trajeados, cabalgando en sillas inglesas de cuero barato y forma abominable, y todo caballo que pasaba, a primera vista dejaba conocer que tenía boca como de seda, de esas bocas con que se sueña en Europa sin encontrar jamás caballo alguno que la tenga, en tanto que aquí la tenía hasta

los caballos de los más pobres, que también enarcaban los cuellos como si hubieran sido adiestrados en los mejores picaderos del mundo. Todos los caballos tenían las crines cortadas en arco, dejando un gajo alzado sobre el crucero, de cosa de dos palmos de ancho, y todos tenían las colas largas, que hubieran arrastrado por el suelo sino se las hubiera cortado al través, hacia las cuartillas, para librarlas del lodo.

Las calles hundidas conducían a la plaza principal, que era un vasto espacio encuadrado por arcadas, rodeado de viejos edificios coloniales; allí, en una esquina de la plaza estaba la casa del conquistador, don Juan Garay, hoy ya derribada, tan despiadadamente como si hubiera sido una iglesia vieja de Londres. Si mis recuerdos no mienten, era un edificio chato, de techo aplastado, con sófitos salientes, hecho para resistir el peso de los tiempos, y que hubiera merecido ser conservado en aquella tierra escasa en monumentos con el mismo cuidado con que un pisaverde, al envejecer, conserva el último diente frontal en memoria de los días que fueron.

No había otros edificios viejos fuera de la Catedral, construída en una época inartística y muy semejante a casi todas las iglesias del Nuevo Mundo, desde las de las misiones franciscanas en Arizona y Tejas, hasta la iglesia de los Patagones, todas las cuales, inclusive las grandes Catedrales de Méjico y de Puebla, son de arquitectura jesuítica, con fachada grego-romana y grandes cúpulas, que parecen colmenas gigantescas alzadas en el centro de la estructura.

Me olvidaba de otra iglesia, la de Santo Domingo, que para un inglés no debería pasar inadvertida. Una tutelar y benévola providencia le había permitido recoger y guardar, para que las edades por venir vieran y doblaran la rodilla, las heréticas balas de cañon disparadas por el luterano General Whitelocke en su ataque a la ciudad. En los días de fe más pura, o tal vez cuando los muros de cal y canto no habían cedido, la iglesia encerraba esas balas por docenas; en mi tiempo, sin embargo, sólo quedaban tres, que, **ad majorem Dei gloriam**, prestaban testimonio de la fe de presentes y pasadas generaciones.

Dentro de la iglesia, allá en lo alto de la nave occidental, colgaban entonces, y supongo que cuelguen todavía, las banderas de tres regimientos de línea del ejército inglés. En aquellos días pensaba yo que esa era una oportuna amonestación al orgullo, hacia la cual les llamaba yo lo atención a los ingleses que por allí andaban, cuando repletos de vino nuevo (aquí léase **carlón** a diez centavos la botella, o champaña hecho de petróleo, a cinco **patacones** el litro), les mostraba los trofeos y les invitaba a que se golpearan el diafragma y silbaran la tonada del **Rule Britannia** con cuanto garbo les fuera dado hacerlo. Esto no quiere decir que no sea yo un buen patriota; lo que hay es que yo pensaba en mi juventud, como pienso todavía, que el patriotismo entra por casa, y que si es cierto que Santo Domingo se presentó y realmente recogió esas balas, lo hizo, no en su calidad de santo, sino de argentino, porque los santos, me parece, cuando quiera que el teléfono celeste suena, son de la nacionalidad de quienes les rezan.

En aquellos días ya olvidados, y tan distantes hoy, la ciudad conservaba, hasta cierto punto, su aspecto colonial. La mayor parte de las casas tenían techos planos, aunque acá y acullá se erguía alguna horrenda manzana de edificios modernos sobrecargada de detalles, que empequeñecía a las casas vecinas y parecía un inmenso lurte de estuco sobre un mar de ladrillos. Acababan de ser construídas algunas casas, como las de los Anchorena y los Lumbs, de estilo semi-italiano, con patios de mármol llenos de palmeras, con fuentes y con una grande esfera de vidrio opaco de monstruosas proporciones balanceada o sostenida por una columna de mármol, en remembranza de que, después de todo, lo cierto es que el mundo gira alrededor de su eje y que la suerte puede cambiar.

La carne costaba a diez centavoz el kilo. El pan era un poco más caro que en París; se importaba la harina de Chile y de los Estados Unidos y toda la ropa se traía hecha de Europa, y si es cierto que era cara, es preciso reconocer que también era mala.

Los hombres vestían todos de negro; llevaban cuellos vueltos muy bajos, retenidos por corbatas que parecían trencillas de zapatos. Los guantes y el bastón eran desconocidos.

Llevar bastón equivalía a pregonar que uno era lo que en esos días se llamaba **un recién yegao**, porque la pronunciación del idioma se ajustaba a un sistema peculiar de aquel país. Los hombres se ufanaban de tener pie pequeño, como si hubieran sido mujeres, aunque la raza era en realidad atlética y robusta; exceptuando cuando se iba a misa o a alguna función social de importancia, siempre se llevaba sombreros de anchas alas.

Después de todo aguacero torrencial, las calles laterales se convertían en arroyos furiosos encerrados entre los altos andenes; entonces aparecían hombres con unas tablas que tendían de un andén a otro a guisa de puente, recogiendo pingüe ganancia de los transeuntes que querían pasar al otro lado.

A cosa de media legua o algo más de la ciudad, se pescaba desde a caballo; los jinetes hacían entrar el caballo a bastante profundidad en las aguas y después de haber descrito un círculo con la cuerda atada a la cincha, galopaban hacia la orilla. Hacía pocos meses que se habían establecido los tranvías, que ya eran muy numerosos, porque nadie andaba si era posible trasportarse de otra suerte. Veinte varas adelante de cada carro iba un muchacho a caballo al galope, tocando un cuerno. Esto da una idea del tráfico que había en las calles de esos días en que, mucho antes de que los tranvías se hubieran generalizado en Inglaterra, ya llegaban a todo el vecindario de Buenos Aires y corrían por todas las calles de la ciudad.

Una de las principales escenas de Buenos Aires en aquellos días se veía en la gran plaza enfrente de la Bolsa; allí estaban centenares de caballos maneados, quietos, con las riendas atadas en la cabezada de la silla y los cuellos en arco como si fueran caballos de madera en que se mecen los chicos. Raras veces se movían, porque llevaban las maneas muy altas en las manos; de vez en cuando miraban alrededor, y en ocasiones algún caballo, **baqueano** con las maneas, se divisaba a algún amigo, levantaba los cascos y se iba a brincos hacia él. Acaso la conversación de los dos caballos era tan inteligente como la de los que los habían traído a ese lugar, y seguramente sí era menos dañina. Cuando uno estaba recién llegado al país, aquello de arriesgarse a pie en el maremágnum de cuadrúpedos que se hallaba en frente de la Bolsa casi todos los días, parecía aventura peligrosa. Sin embargo, como uno de los distintivos de esa raza caballar es que nunca muerden y que rara vez cocean, pronto se acostumbraba uno y acababa por abrirse paso a empellones entre todos esos cuadrúpedos, con el mismo desprecio que si se tratara de entes de razón que jugaran a la Bolsa.

Los hoteles eran escasos y más bien malos; la mayoría de ellos estaba situada en la calle 25 de Mayo, desde el Hotel Argentino, que era el más elegante, hasta el de Claraz, que era una pequeña hostelería tenida por un suizo. Este último, aunque hostelero, era hobre de sólido saber, y después se ha hecho famoso por su libro sobre la flora de las Pampas. Los hombres del **campo**, que cuando eran ingleses frecuentemente eran conocidos entre sus paisanos con el apodo de **pastores**, capitanes de barcos, ingenieros de minas y periodistas extranjeros, eran el principal sostén de aquel lugar. Con frecuencia solía verse que a la hostelería llegaba algún individuo trajeado con ropa de buen corte, gris, de paño de vicuña, algún tanto raída por el uso, con camisa de lana sin cuello, y acompañado de un **changador**, que le llevaba su **recao**. **Changador** era el nombre que los porteños daban a los mozos de cordel, quienes por lo general eran vizcaínos.

El **pastor** gritaba: "¡Claraz!" y aquel buen suizo de barba y pelo negro le salía al encuentro, recibiéndolo como a un viejo amigo.

El **pastor**, después de pagarle al **changador**, preguntaba quién más había en la casa, y una vez enterado, los hacía llamar a todos a echar un trago. Luego, cumplida esta devoción semi-sacramental, recibía de Claraz su baúl o su maleta, que Claraz le guardaba en algún desván, se endosaba su ropa dominguera, que resultaba un tanto apabullada, y se echaba por esas calles de Dios, ya en asuntos de negocio, ya a correr una juerga; eso sí, usaban siempre el sombrero blando, que parecía ser el signo externo de la gracia interior de los hombres del **campo** cuando quiera que se hallaban en la ciudad. La hostelería estaba construída sobre el plan de un monasterio; los pequeños cuartos, que parecían celdas, daban todos a un corredor. El último de ellos, que en algunas ocasiones me tocó ocupar cuando visité la ciudad en aquellos tiempos, daba sobre el propio río, y en los días claros, desde él se alcanzaban a ver las casas de La Colonia, en la República del Uruguay, a diez leguas de distancia. No era prudente pasársela leyendo hasta las altas horas si uno se hospedaba en la casa de Claraz,

porque era muy posible que alguno de los **pastores**, al regresar a casa después de una noche de zambra y de jolgorio, diera en la flor de apagarle a uno la vela a tiros, lo que en dos ocasiones, por lo menos, le ocurrió al perjeñador de estos verídicos relatos.

Todas las nacionalidades tenían su respectivo Hotel Claraz, que aunque no eran propiedad de Claraz, eran administrados sobre los mismos principios, tenidas en cuenta las exigencias nacionales características de los huéspedes en cada caso. Los demás hoteles eran mucho más cosmopolitas; pero todos ellos, con excepción del Argentino, tenían cierto aire de hogar, que desde hace mucho tiempo ha desaparecido de todos los hoteles en todos los países del mundo. La sociedad entonces no era de tan difícil acceso como se ha vuelto más tarde, y los extranjeros que hablaban el idioma eran siempre bien recibidos. Unos pocos argentinos hablaban inglés, y no eran muchos los que sabían francés, y con excepción de algunas pocas familias que habían estado en Europa, cuando en alguna casa recibían de noche, lo hacían al estilo que recuerdo haber observado, en mi juventud, en Sevilla y en todo el sud de España. Las señoras se sentaban en sillas en un gran círculo alrededor del cuarto, y los hombres se estacionaban hacia las puertas; de vez en cuando algunos de ellos se adelantaban y sacaban pareja a bailar. El baile casi siempre era el vals, bailado muy lentamente, al son de un piano desvencijado, y al terminar, el caballero conducía a la dama a su asiento, y permanecía de pie a su lado susurrándole al oído flores y cumplimientos de los más elementales. En las casas de más rancias costumbres bailaban el **cielito** y el **pericón**, que eran danzas antiguas y pintorescas, rezago de épocas de antaño, tan dignas de ser recordadas como lo serán el **cake walk** y el **one step**, cuando ellos también ya caigan en desuso.

Las mujeres, salvo las de las clases más pobres, rara vez salían solas; pero al caer de la tarde, y bajo la protección del padre, de la madre, o de algún pariente, hormigueaban por la calle de Rivadavia, que en aquella época era el paso principal de la ciudad.

Allí, al ir de arriba a abajo, escuchaban esas floras que desde tiempo inmemorial los jóvenes de tierras hispanas se han complacido en ofrecer al bello sexo.

La verdad es que en aquellos días Buenos Aires era todavía una ciudad colonial que apenas empezaba a desprenderse del pasado. Las grandes líneas de vapores transatlánticos sólo habían comenzado entonces a soltar sus cargamentos de italianos y de vizcaínos. En lo general, todavía no se había establecido marcada diferencia entre las varias clases sociales; los bailes se daban en el piso bajo de las antiguas casas coloniales, a través de cuyas enormes ventanas enrejadas, el populacho contemplaba a los danzantes, criticándolos, ya favorable, ya adversamente, siempre con ánimo de comprador en una feria o mercado de ganado.

Los teatros eran buenos y amplios, mejor construídos y más modernos que los de esos días en Londres o en París; los precios eran exorbitantes, si se tiene en cuenta la vida sencilla que llevaban los habitantes de la ciudad.

La moneda circulante estaba muy depreciada; el peso de papel valía dos peniques y medio y la moneda de plata consistía casi toda en piezas bolivianas de a cuatro reales, que tenían estampadas una llama y una palmera de tosco diseño, lo que con su extraño color les daba un aire como de un antiguo denario romano. Había mucha moneda falsa en circulación.

Ninguna pintura del Buenos Aires de esos días estaría completa, sin una ojeada de soslayo a los templos de aquella diosa Nelena, que surgió de la espuma del mar según los griegos, pero que, según la iglesia cristiana, tuvo su origen en el fango. ¿Quién podrá fallar entre los dos conceptos?

Seguramente pocas ciudades habría mejor surtidas de materia prima que aquella ciudad de los aires buenos. Los transatlánticos traían húngaras, por docenas en cada viaje, y las demás naciones europeas no andaban a la zaga en esta labor de pacífica penetración de las ideas. A aquellas ventanas de la gran casa amueblada de la calle del 25 de Mayo se asomaban españolas, griegas, italianas, francesas, inglesas, mulatas (con su **catinga**), judías argelinas y muchachas del Paraguay.

Uno de estos **quilombos** como el que los ingleses designaban: uno, dos, tres, cerrito (Cerrito 123), eran modelos en su clase.

Dentro del palacio todo eran espejos; muros, mesas, techos y sillas. En estas descansaban las sacerdotisas, y en aquellos días era cosa muy a la moda la de irse a tomar el café con ellas después de comer. En más de una ocasión he visto a algún augusto personaje, elevado sobre sus conciudadanos por el voto popular, entrar, sentarse en una de las sillas, encender su puro y beber su café, charlando con todas las señoras de la casa, tan afablemente que nadie se hubiera imaginado, que el recuento de algunos miles de narices lo habían elevado a la categoría de un dios.

Tal era la ciudad en aquel tiempo en que tenía una población de sólo 360.000 habitantes.

Los alrededores de Palermo y Las Flores, apenas empezaban a crecer, y las industrias que de entonces para acá han surgido en El Tigre y en La Boca, dormían todavía en el regazo de los tiempos. A cosa de una o dos leguas de la ciudad extendían los campos llanos de Quilmes y el Monte Grande sus praderas de yerba corta y dulce que comían los carneros, verdes como esmeralda en la temprana primavera, luego tapizadas con la flor morada y la verbena roja y después pardas en el verano, reverdeciendo de nuevo con las primeras lluvias otoñales.

En verdad que era una ciudad de aires buenos; y aquel viejo capitán español que navegaba con don Pedro de Mendoza—caballero de Almería, que en su tiempo había sido chambelán de Carlos V—tuvo razón cuando al sentir el primer soplo del viento que le llegaba a través de las Pampas del Sur, dijo, tendiendo la vista en derredor: "Qué buenos son los aires de aquí".

Aunque nosotros no lo barruntáramos, acaso porque nos preocupara más la vida misma que la economía política, la ciudad en aquel entonces ya encerraba todos los gérmenes de lo que ha venido a ser después. Sé que es grande y próspera y rica, muy más allá del soñar de la avaricia; sé que incesantemente grandes barcos arriban y se amarran a sus muelles de piedra tallada y que los pasajeros pueden saltar a tierra y entrar en sus automóviles. Todo esto lo sé y me complazco en ello, porque **anche io fu pittore**, es decir, porque yo también he cabalgado por las calles del viejo Buenos Aires (el de antaño), casi siempre en un **doradillo**, escarceador y coscojero, de mi propiedad, con las grandes espuelas de plata pendientes del talón, camino del hotel de Claraz, después de entregar una punta de ganado en el saladero, en las afueras de la ciudad.

Todo eso que ha sucedido lo sé y me regocija, sin convencerme.

Así le sucede al hombre que en su juventud ha visto a una bailadora gitana, morena, ágil y cenceña, y se ha complacido en verla desde lejos, que años más tarde vuelve a encontrarla casada con un capitalista, esplendorosa de joyas y trajes de París, y que piensa que a sus ojos era más hermosa allá en el Burrero, envuelta en su raído mantón de Manila.

R. B. Cunninghame Graham

AGENCIA del *Repertorio* en Nueva York: G. E. Stechert & Co., Books and Periodicals. 31 E. 10th St., New York. N. Y.

Un lector argentino de Rousseau

= De *La Prensa*. Buenos Aires =

¡Dos alegres meses de vida nómada, a caballo y en carreta, de Tucumán a Buenos Aires, a través de 360 leguas, y el encierro colegial como término de la aventura! Comenzaba a languidecer el pájaro del trópico, entre rejas, a orillas del Plata. Y hubo que libertarlo.

—Pierdes tu beca y te dedicaremos al comercio.

—Seré comerciante.

Y lo pusieron a practicar en una tienda, frente al mismo colegio donde había penado. Pero no abandonó su amor a la lectura y le absorbió un libro, recién descubierto, al que dedicaba las horas libres y los asuetos dominicales.

—¿Por qué saliste del colegio, si tanta afición tienes a leer?—preguntóle un pariente que lo sorprendía siempre removiendo "Las ruinas de Palmira".

—Bien arrepentido de ello estoy—suspiró melancólicamente el joven lector.

—Y si te pusieran de nuevo en el colegio, ¿entrarías con gusto?

—Sin duda alguna.

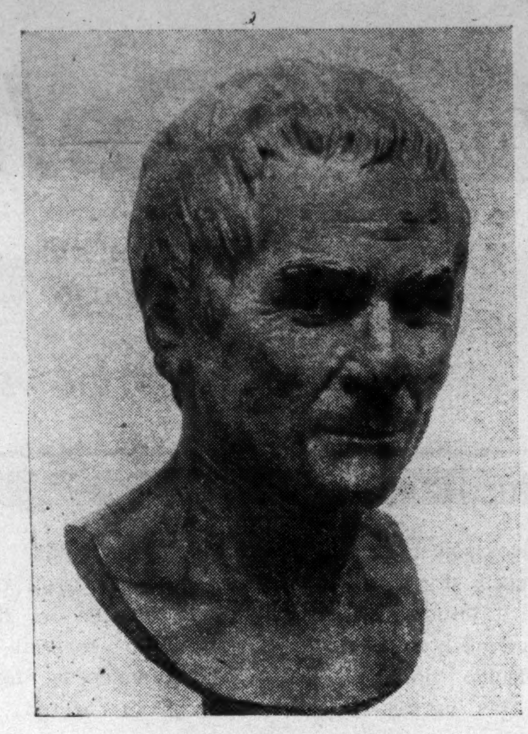
Y Juan Bautista Alberdi reingresó al Colegio de Ciencias Morales. Aplicóse con fervor al estudio; sólo dormíase en clase de latín. Cierta vez que bostezaba oyendo leer al profesor un trozo de Virgilio, su compañero de asiento, Miguel Cané, no menos aletargado, sacó un volumen del bolsillo.

—¿Qué libro es ése?

—Una novela de amor que se titula "Julia o La nueva Eloísa".

Leyó el curioso algunas líneas de la primera carta, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y cerró, "hechizado", el libro, rogando al condiscípulo que lo llevase todos los días. A poco abandonó aquel instituto cuyo régimen disciplinario afectaba su salud, y suspendió sus estudios. En cambio, cultivó la música y, por consejo médico, aprendió a bailar. Pero permaneció fiel a Rousseau. Después de "La nueva Eloísa" conoció el "Emilio", luego el "Contrato Social"; mas sin traicionar a su hada: durante cuatro años, Julia le mantuvo el alma "inundada de dulces ilusiones"...

Y otros tantos corrieron, y nuevas y diversas lecturas interesaron entonces al estudiante de jurisprudencia. "En ese tiempo—escribiría Alberdi medio siglo después—contraje relación estrecha con dos ilustrísimos jóvenes que influyeron mucho en el curso ulterior de mis estudios y aficiones literarias: don Juan María Gutiérrez y don Esteban Echeverría. Ejercieron en mí ese profesorado indirecto, más eficaz que el de las escuelas, que es el de la simple amistad entre iguales. Nuestro trato, nuestros paseos y conversaciones fueron un constante estudio libre, sin plan ni sistema, mezclado, a menudo, a diversiones y pasatiempos de mundo. Por Echeverría, que se había educado en Francia, durante la Restauración, tuve las primeras noticias de Lerminier, de Villemain, de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas, de Lamartine, de Byron y de todo lo que entonces se llamó el romanticismo, en oposición a la vieja escuela clásica. Yo había estudiado filosofía en la Universidad por Condillac y Locke. Me habían absorbido por años las lecturas libres de Helvecio, Cabanis, de Holbac, de Benthan, de Rousseau. A Echeverría debí la evolución que se operó en mi espíritu con las lecturas de Víctor Cousin, Villemain, Chateaubriand, Joufroy y todos los eclécticos procedentes de Alemania, en favor de lo que se llamó el espiritualismo... Echeverría y Gutiérrez propendían, por sus aficiones y estudios, a la literatura; yo, a las materias filosóficas y sociales. A mi ver, yo creo que algún influjo ejercí en este orden sobre mis cultos amigos".



Juan Jacobo Rousseau

Busto de *Houdon*

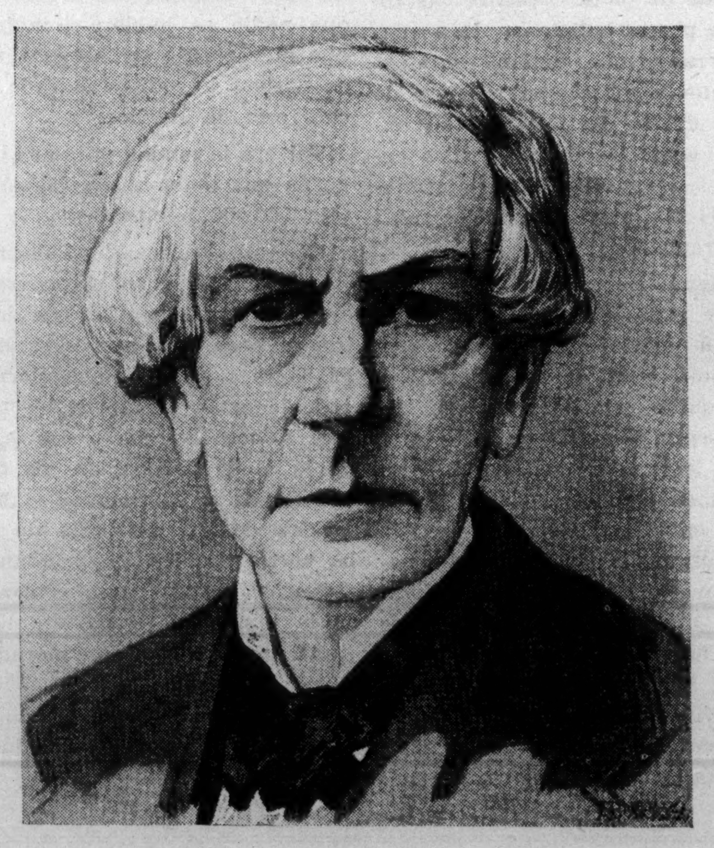
Apasionado por la música, componía, al mismo tiempo, algunas piezas bailables, e inició su carrera de publicista con dos ingenuos tratados: "El espíritu de la música" y el "Ensayo sobre un método nuevo para aprender el piano". ¿Podrá negarse que permanecía, así, bajo la fascinación de Juan Jacobo? Pero, a semejanza del ginebrino, compositor y musicógrafo, al dirigirse a Voltaire enviándole la partitura para la "Princesse de Navarre", por él retocada, el melómano porteño hubiera podido excusarse declarando que pretendía ser, sobre todo, hombre de letras. Y sus actividades en el "Salón Literario" de Marcos Sastre, y sus artículos de costumbrista, y su tesis doctoral "Fragmento preliminar al estudio del Derecho", lo habrían comprobado...

Este libro calificaba de satánico el "poder ilimitado" en el gobierno, y Rosas lo ejercía. No obstante las "precauciones naturales de inmunidad", tomadas con previsora prudencia, el autor vivió días intranquilos. Cerrábase, entre relámpagos, el horizonte de la patria, y Alberdi—según su propia declaración—fué "el primer joven que atravesó el río de la Plata con miras revolucionarias contra Rosas". Tenía 28 años al partir; cuarenta de alejamiento le esperaban...

Instalóse en Montevideo. Hizo periodismo junto a Miguel Cané y Andrés Lamas; fué secretario del general Lavalle; batalló su pluma en favor de las ideas liberales y la estética romántica. Y en 1843 decidió ausentarse a Europa en compañía de Juan Marría Gutiérrez, también refugiado en la ciudad sitiada después de haber sido encarcelado en Buenos Aires.

Mas no era fácil salir de la Nueva Troya. Madame de Mandeville facilitó la fuga; Giuseppe Garibaldi recomendó el barco; y con numerosas cartas de presentación para los mazzinianos de Génova y para el mismo Mazzini, proscripto en Londres, embarcáronse en "El Edén".

La navegación, peligrosa y accidentada, les dió tregua en la zona tórrida. La serenidad del trópico devolvióles sus hábitos y pudieron reanudar sus lecturas matinales. ¿"Cuál más agradable que



J. B. Alberdi

Dibujo de *Eduardo Alvarez*

la de los poemas marítimos de Byron, inspirados, tal vez, como los leímos, a la sombra de las velas, al ruido armonioso de las olas, en el silencio animado de los mares?" Alberdi emprendió la composición de un poema que tituló con el nombre del bergantín que los llevaba. "Lo que yo escribía en prosa por la mañana, Gutiérrez lo ponía en versos elegantes por la noche... El manantial era el mar; el pensamiento, la poesía de Byron".

Desembarcaron en Génova, a los dos meses de haber partido del Plata; durante los veinte días que permanecieron en ella fueron agasajados por la hospitalaria "pléyade mazziniana" y, al tomar la diligencia para Turín, despedidos con "abrazos y besos de adiós, dados en la boca, al estilo italiano". En Turín, Gutiérrez fué secuestrado por la admiración y el cariño de un antiguo empleado de la Universidad de Buenos Aires, quien se lo llevó a pasar una temporada con su familia en un pueblecillo alpestre. Alberdi se trasladó entonces a la capital de Saboya, y obedeciendo a su vocación profesional, inició allí el estudio de la jurisprudencia de los Estados sardos. Pero descubrió en Chambéry la casa que habitara Rousseau. El recuerdo de "Julia" despertó en su alma, acaso con la apremiante ansiedad de un sueño revivido. Y el aguijado tomó inmediatamente la ruta de la vecina Ginebra, ávido de pisar el suelo en que se posara el hada de su adolescencia...

"...Le escribo para describirle algunos accidentes de esta comarca adonde Byron, Dumas, Hugo y Jorge Sand han venido, como yo, a llorar en presencia de Vevey, de Clarens y de las tristes rocas de Meillerie".

A Miguel Cané dirige Alberdi su carta, desde la capital suiza, el 21 de julio de 1843. ¿Cómo olvidar al fortuito iniciador que puso en sus manos el libro inolvidable? "En aquel día, que recuerdo como si hubiese sido ayer, ¿habría usted dicho, mi querido Cané, que llegaría ocasión en que le escribiría ésta desde las orillas del lago de Ginebra, donde nació el autor de "Julia" y donde él colocó las inmortales escenas de su romance?"

Vuelve a leer "La nueva Eloísa", y su "admirable elocuencia" le produce la impresión de una obra desconocida. Como la vez primera, llora con el libro "que hacía llorar a Mirabeau". Sus páginas tienen ahora para el proscripto un atractivo más: todos los recuerdos porteños de su juventud están mezclados a ellas y se levantan del fondo de su corazón al recorrerlas. Sin embargo, Ginebra no ahonda su nostalgia de Buenos Aires, cuyo parecido reconoce en "las costumbres simples y republicanas de sus habitantes", en la "dulce temperatura" de la estación estival y en la "analogía" de sus mujeres, "por lo que mira a su aire y maneras, tan estimables por su graciosa sencillez"...

Explora la ciudad buscando la sombra del mago. Toma la calle que lleva su nombre y se detiene ante la casa que muestra esta inscripción: "Ici est né Jean Jacques Rousseau". Visita su estatua en la "Ile de Bargues", "especie de jardín aislado que comunica por medio de un puente con otro de los que cruzan el Ródano". Una orquesta da su concierto vesperal a espaldas del bronce de Pradier: desafina concienzudamente, "como por galantería, a fin de justificar las aserciones de Rousseau sobre la música de aquende el Alpe". Concurre a la Sociedad de Lectura, que tiene 40.000 volúmenes y 300 lectores, y se extasía, en una de las salas, frente a un óleo de La Tour que representa a Juan Jacobo a los 30 años de edad. Deslumbrado por la belleza de aquel rostro, escribe con su candorosa admiración: "Confieso que, nacido mujer, difícilmente hubiese podido rehusar mis simpatías a tal hombre. Ahora me explico enteramente el extravío que por él padeció madame Warens"... Luego se embarca en un vaporcito, dispuesto a "conocer los sitios en que Rousseau coloca las escenas de su "Nueva Eloísa".

Veintisiete años antes, dos poetas ingleses habían tripulado el único bote con quilla que existía entonces en el lago, también para visitar "el país que pertenece a Rousseau". Ambos llevaban como guía un ejemplar de la "Nouvelle Heloïse". Recibidos por una tempestad tremenda en el preciso lugar donde otra había puesto en peligro la vida del caballero de Saint-Preux, desvistiéronse en espera del naufragio: Byron, excelente nadador, para luchar; Shelley, inerme pero impávido, para entregarse. Salváronse, como el héroe de la novela, y siguieron tranquilamente sus huellas. Byron comprobó, sobre el terreno, "la fuerza y la exactitud de las descripciones y la belleza de su realidad". Shelley fué de St. Gingoux al castillo de Chillon alternando la contemplación del panorama con la lectura; en Clarens contuvo más de una vez el llanto "por respeto a los fríos prejuicios del mundo", pero cortó algunas rosas, "descendientes, tal vez, de las flores que plantara Julia"...

Un rayo extraño al mundo físico iluminaba aquellos lugares desde la aparición de la famosa novela. Por vez primera un pintor literario había proyectado en la naturaleza los fulgores y las sombras del alma, y desde entonces las montañas, los árboles, las aguas, el aire, tenían, en aquel rincón suizo, un reflejo sentimental... Vivía Rousseau en las vecindades de París al escribir su obra; pero su memoria de pintor conservaba, intacto, el recuerdo del paisaje familiar, y al describirlo con detallista fidelidad, asoció sus imágenes al sentimiento de los personajes en un acorde armonioso que trasfunde en las cosas un matiz de las almas y comunica a las almas la coloración del ambiente. El complemento pictórico y emotivo del cuadro local, cuya ausencia advertía el ginebrino en las novelas de Richardson, su modelo inglés, dió así, a la suya, un realismo topográfico que debía vincular su nombre, definitivamente, a la región humanizada y convertida en personaje principal por su pluma. En adelante, el sentimiento del paisaje, descubierto y revelado en las páginas de la "Nouvelle "Heloïse", invade la literatura; y el romanticismo inmediato que lo proclama entre sus conquistas, envía a nuestra pampa su simiente, que germina en el "color local" de los octosílabos de Esteban Echeverría.

¿Piensa Alberdi en esa correspondencia sutil entre el paisaje y sus moradores? A la "topografía" de la novela alude en su carta, y es indudable que el lector conduce al viajero. Llega a Vevey después de cuatro horas de navegación. En el trayecto ha saludado a Lausana, la ciudad que albergó a Gibbon, y lo ficticio y lo real se identifican en su espíritu al arribar a Vevey, "la patria de Julia, el pueblo nativo de madame Warens". Mas renuncia a trasmitir sus impresiones de aquel refugio idílico, amparándose en cómoda escapatoria: "no hay pincel" que pinte sus encantos... Y pasa a Clarens; y recordan-

(Pasa a la página 119)

Estampas

La lección de Darwin

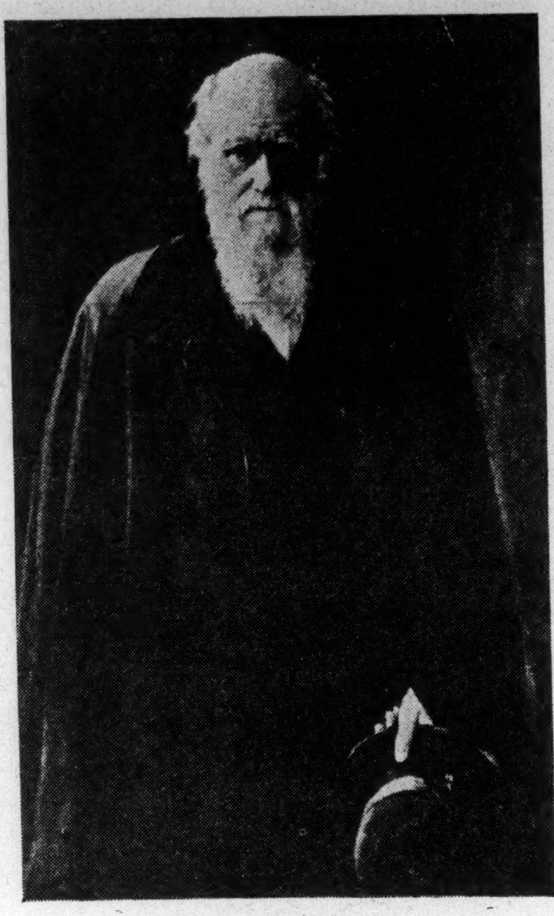
Lo del "hombre de extraordinario carácter" como tipo de gobernante

= Colaboración =

Mientras el "Beagle", bergantín de la marina inglesa, hace una espera en Bahía Blanca, el naturalista Carlos Darwin recorre centenares de millas sobre suelo argentino. Todo lo observa y lo medita este hombre de ciencia que ha cumplido veintitrés años. Lleva el itinerario de Buenos Aires, una de las ciudades "de trazado más regular que hay en el mundo", según la ve Darwin en agosto de 1833.

Es inmenso el recorrido y para la empresa busca al gaucho que sabe ser buen compañero, porque es superior al hombre de la ciudad y "se distingue invariablemente por su cortesía obsequiosa y hospitalidad"; "es animoso, vivaracho y audaz". Con el gaucho va por regiones desiertas y agrestes y le celebra su independencia que no le da ataduras y hace de él un tipo fuerte. Darwin no ha pasado ninguna noche a la intemperie. No ha podido evitar aquella parada y refiere así la experiencia: "El silencio fúnebre de la llanura, los perros haciendo centinela, y el gitanesco grupo de los gauchos en torno al fuego, han dejado en mi ánimo una pintura indeleble de esta primera noche, que nunca olvidaré". El gaucho llenó de satisfacción el espíritu curioso de Darwin. En su camino encuentra plantas, animales, fósiles, minerales y observa y clasifica para el hombre de ciencia. Pero a la vez encuentra poblaciones sumidas en la más espantosa barbarie y destaca hechos y sucesos para el hombre meditativo. Allí están en sus relatos admirables acumuladas multitud de referencias que son al cabo de cien años, buscadas para el comentario aleccionador. El científico se entretendrá con la descripción del **Toxodon** y leerá y releerá lo de que es "uno de los más extraños animales que hayan sido descubiertos; en la talla es igual al elefante o megaterio; en muchos pormenores se acerca a los paquidermos; juzgando por la posición de sus ojos, oídos y narices, era probablemente acuático". Para el meditativo hay otros monstruos conservados inalterables a través de los siglos. Darwin recogió en su busca científica los restos de gigantescos animales terrestres. Hizo de ellos tesoro para museos. Pero sin darse cuenta estuvo cerca de ejemplares humanos que en maldad llegaron a ser tan monstruosos como el tamaño de sus fósiles.

Rosas es un ejemplar monstruoso y el naturalista genial lo encuentra y lo admira. Es apenas un general a quien el gobierno de Buenos Aires ha autorizado para destruir inmensas indiadas que asaltan y exterminan. Está acampado por allí cerca de un río después de haber recorrido 400 millas en una marcha destructora del indio. Darwin está dentro del campamento de Rosas que no es otra cosa que "un cuadrado formado por carros, artillería, chozas de



Carlos Darwin

Del cuadro de *John Collier*

paja". Observa las tropas y dice de ellas: "me inclino a creer que jamás se reclutó en el pasado un ejército semejante de villanos seudobandidos". Con esas tropas impone el orden, por la matanza, el general argentino admirado por el genial Darwin. No consideremos a Rosas totalmente desaparecido del escenario argentino, porque es el tipo del tirano que no desaparece todavía del escenario de estos pueblos de la América nuestra. El juicio y las observaciones estampadas por Darwin en su libro de relatos científicos son de importancia grande por dos razones, a nuestro juicio. La una, porque da trazos profundos y eternos del tirano de todas las épocas. La otra, porque ofrece flanco para combatir la ignorante superstición creada en torno al hombre fuerte como tipo de gobernante necesario. Darwin erró lamentablemente al admirar a Rosas, hombre terrible que ya mostraba la entraña corrompida que luego descubriera como gobernante. Erró, porque a pesar de co-

nocerle sus tropas reclutadas entre la peor de las mugres humanas, lo juzgo superior a ellas. Sabía el naturalista que Rosas ejercía "en el país avasalladora influencia" y profetizó que había de emplearla "en favorecer la prosperidad y adelanto del mismo".

Fue superficial el juicio de Darwin y conviene presentarlo cuando se cumple el siglo de su paso por la Argentina, para hacer pensar a las generaciones nuevas y librarlas de la superstición del hombre de carácter como tipo de gobernante. Es usual que las inteligencias más despiertas sean las que encaminen el sufragio popular hacia la personalidad de relieve intenso. Y buscan dos o tres condiciones sobresalientes en la vida de tal personalidad y con ellas dan la batalla del gobernante necesario. Atolondrados olvidan la tiniebla de que está llena el alma del elegido por fuerte, por extraordinario. Darwin es un caso ejemplarísimo. Ante Rosas se postra como lo hiciera ante el esqueleto del animal gigantesco desaparecido. En la entrevista que tiene con él lo encuentra "hombre de extraordinario carácter".

¿Y qué hechos grandes hay en la vida de Rosas conocidos del naturalista que lo exalta? Darwin conoce casi íntimamente a aquel general que manda tropa de caballería formada por "villanos seudobandidos". Su disciplina científica lo hace recoger cuanto informe sirva para definir y redondear un ejemplar animal o humano. De Rosas averigua que es un latifundista de muchas leguas cuadradas y que sus ganados suman unas trescientas mil cabezas. Pero eso no lo sorprende tanto en aquella nación en donde la tierra abunda. Admirable es para Darwin que Rosas sea un gran administrador de sus fincas. En esta virtud o capacidad administrativa sí que hay genio, porque las fincas de Rosas producen más cereales que las de otros hacendados. Estancias de linderos inabarcables sufrieron la transformación impuesta por la mano férrea del latifundista de mente rural. Dictó ordenanzas y formó ejército para repeler al indio intruso que atacaba aquel modelo de organización. Darwin relata con fruición las virtudes de Rosas. Busca en la anécdota base para exaltar el "extraordinario carácter" del hacendado. La anécdota corre, por lo que tiene de chisme, de murmuración, cuando no proviene de espíritus con capacidad creadora. Rosas impuso con rigor sus leyes en las haciendas que formaban su feudo. La anécdota dice que prohibió para el buen gobierno, el uso del cuchillo durante el día domingo, porque era cuando se jugaba y se bebía y bajo ese estado animal la pendencia ocasionaba muertes. Pues Rosas olvidó su ley, la ley de no portar cuchillo los domingos, y se hizo meter en el calabozo. Pero el

mayordomo lo puso en libertad antes de cumplir la auto-condena, y Rosas encarándose a su libertador le dijo: "Ahora tú eres el que ha quebrantado las leyes, y por tanto debes ocupar mi puesto en el calabozo". Darwin dice al final de la anécdota que rasgos como ese entusiasmaban a los gauchos. Quién sabe, decimos nosotros, si no entusiasmaron más al naturalista.

Porque llena de anécdotas la vida de Rosas el genial hombre de ciencia y lo hace con tanta vehemencia, que se le ve apasionado por ese tipo de hombre. Darwin no alcanzó a ver a su admirado ocupando la silla de gobernante. Sólo supo, ya de regreso a Inglaterra, que un golpe militar había elegido Rosas con poderes amplios para presidente de la Argentina.

No afirmamos que Darwin fuera el vil que se postrara sumiso ante Rosas. Queremos hacer pensar en el yerro tan grande que cometen las inteligencias despiertas cuando exaltan, al hombre perfectamente mediocre, con capacidades de gobernante. Darwin juzgó con el mismo criterio con que han seguido juzgando grandes y pequeños al hombre fuerte. ¿Y qué es en suma ese gobernante necesario, si no la mente rural, el estanciero, el administrador que azota ganado y peonadas? Rosas atrapa el mando y llena de vergüenza y de sangre la nación argentina. La hace retroceder y de allí tienen que alzarla creadores de naciones como Sarmiento. Los hombres fuertes que la demencia actual quiere para gobernantes se contentan con alzar la obra aparatosa, es decir, con considerar una nación como si fuera la finca enorme. Con ese miserable criterio gobiernan y dan como Rosas la ley que se vuelve contra ellos. Mientras tanto, los intereses profundos sobre los cuales se asienta la cultura de los países que es el fundamento de su civilización y de su prosperidad, al garete, pateada, relegada. Y cada generación nace atolondrada, sin visión, metida luego en el molde del gobernante necesario, es decir, del ignorante, del sujeto de terribles limitaciones.

Darwin fué genial y es indudable que su entendimiento no lo deje extraviarse cuando apartado de la observación científica, fué a hacer juicios acerca de hombres y de gobiernos. La condición del indio lo llena de pesar. Lo ve miserable, sumido por todos lados en la más oprobiosa barbarie. Explotado por el caudillo a lo Rosas. Junto a él cometen las inmundicias mayores. Un día es reclutada gente de la tribu del cacique Bernantio para echarla a despedazar otras indiadas. Darwin los ve así: "Pasaron allí la noche, y era imposible concebir nada más bárbaro y salvaje que las escenas de su vivaque. Algunos bebieron hasta embriagarse; otros se hartaron de ingerir la sangre fresca de las reses sacrificadas para su cena, y luego, sintiéndose con bascas, la arrojaron de nuevo, entre suciedad y cuajarones". El indio es desgraciado y sufre el exterminio más inhumano. Darwin es testigo de la destrucción. No tapó sus ojos al dolor de pueblos para sumirse en una misión puramente científica. Y precisamente por el gran espíritu de observación que lleva a la condición del poblador americano es que se extraña, el que lo medita, de su admiración por Rosas.

El tirano es siempre el mismo y a los cien años del juicio de Darwin sigue el mundo viendo la misma fiereza y el mismo engaño para exaltar al gobernante fuerte. Con Darwin estamos en la América nuestra, cuando censura y proyecta sobre el porvenir la visión de principios realmente creadores. No es Darwin un exaltador de tiranos. Así hay que entenderlo. A Francia que ha impuesto la regresión en Paraguay lo llama "viejo y sanguinario tirano" y afirma esta profunda reflexión: "Ese país tendrá que aprender, como todos los demás estados de Sudamérica, que una república no puede dar buen resultado mientras no haya en ella un fuerte núcleo de hombres imbuidos en los principios de la justicia y del honor".

En suma: Darwin conoció a Rosas cuando éste era todavía el general sin mando que recorría regionas argentinas exterminando al indio. Cometió el yerro de ver en él capacidades de gobernante "para favorecer la prosperidad y adelanto" de la Argentina. Entendió que administrar bien una finca era virtud para gobernar una nación. Admiró a Rosas y no debió haberlo hecho, porque Rosas arrastraba un ejército de "villanos seudobandidos" con el cual tiranizó tanto como el "viejo y sanguinario" Francia. Cien años se cumplen de su recorrido sobre suelo argentino y en esta hora de exaltación del hombre fuerte para gobernante providencial, el yerro de Darwin al creer en el "extraordinario carácter" como virtud de estadista, se generaliza y amenaza desatar una era de envilecimiento terrible.

Juan del Camino

Costa Rica y agosto de 1935.

Un lector argentino de Rousseau...

(*Viene de la página 117*)

do que en Clarens "tuvo lugar el beso", busca inútilmente la casa y el bosque de Julia. "Quizás nunca existieron", anota secamente, sin comentarios. Pero parece adivinarse en su silencio una ligera decepción... Contempla "las lagunas sin descender de la calesa" y visita el castillo de Chillon. ¡Este sí existe, y tan frío y lóbrego como en los días del martirizado Bonnivard! Recorre los calabozos, escribe su nombre en una de las columnas punitivas que muestra también el de Byron, y se despide con un "voto secreto" por la destrucción de aquella "casa abominable"...

Finalizaba el año de 1843 cuando Juan Bautista Alberdi regresó a América. Fijó su residencia en Chile y reanudó su producción jurídica, política y social. En 1852, al caer el tirano de su patria, prefirió, a retornar a ella, enviarle sus "Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina". Al año siguiente mantuvo larga y agria polémica con Sarmiento. Volvió luego a Europa, donde representó diplomáticamente a la Confederación. Y en 1878, desembarcó en Buenos Aires...

¡Cuántos cambios! Era casi un extraño en la sociedad porteña... Rememoró en páginas íntimas su vida azarosa y fecunda, "contada en familia, a mi familia", para demostrar a los suyos que su larga ausencia no le había alejado un solo instante: "la vida de un ausente que no ha salido de su país". Y al evocar en ellas sus días de colegial, perfumó su pluma el recuerdo de una mañana que le vió los ojos húmedos ante las primeras líneas de un libro mágico...

Buscaba el desterrado la paz del crepúsculo bajo el cielo en que naciera. No pudo hallarla. Estaban muertos sus mejores amigos, pero no los odios. Cruzó el océano por última vez. "Once more upon the waters! Yet once more!", como cantara Byron, el hombre a quien mayormente había envidiado.

Rafael Alberto Arrieta

Partida para las Islas

= De *La Vida Literaria*. Buenos Aires =



Leopoldo Hurtado

Por *F. Amighetti*.
Buenos Aires, 1932.

Cae la lluvia con lentitud pegajosa. El canal, enchapado de aceite, se adormila entre los desperdicios. A menudo la voracidad de un bagre, altera la barrosa superficie con su tarascón de soslayo.

Todo está quieto en el ambiente. La costa fangosa está desiervigilan el ir y venir de los barcos, ta. Los eternos desocupados, que se han refugiado en la casilla de la prefectura y en el quiosco de la nafta. Desde allí, miran en silencio las embarcaciones apretujadas junto a la orilla, al parecer abandonadas, si no fuera por el humo que sale de las cocinitas de a bordo.

A lo lejos, cherría una grúa levantando troncos, y una zorra volcadora levanta pacientemente un médano artificial de arena mojada, o vomita una pequeña avalancha de piedra molida. Algún lanchón cargado de madera o mimbre se desliza con desgano. Junto a un vagón de ferrocarril, desamparados, se amontonan palos grises que vienen volando desde el fondo de una chata.

Los vendedores de diarios y de caramelos pregonan su inútil mercancía, con resignada indiferencia a la intemperie.

De la carnicería próxima, sale el muchacho con una pesada canasta bajo el brazo. Lleva, en dirección a los barcos, la carne que consumen las Islas. De un gancho y una tiqueta cuelgan trozos rosados y sanguinolentos, ristras de chorizos, hígados caoba. En invierno llega todavía fresca y apetitosa, pero en verano, asoleada en la proa y abombada por el calor del barco y la resolana, despide un fuerte olor a carne pasada; deberá durar todavía un par de días antes de ser consumida, en ese ambiente húmedo del delta que acelera las putrefacciones.

La vida ribereña se ha refugiado en las cantinas. Desde la acera se atisba la negrura de los interiores, donde las luces brillan sin iluminar, como en las iglesias. Se penetra en la penumbra ruidosa de un vasto recinto, repleto de parroquianos. La humedad, al acentuar los olores, carga el aire de un acre tufo de carne asada, mugre y tabaco fuerte. El humo de la parrilla, donde se asa la carne, es particularmente desagradable a esta hora matinal. Son las ocho, apenas, y ya esta gente va en su segundo bife y su cuarto vaso de vino.

Es difícil sintonizar un tema en la algazara políglota. Abunda el italiano, más o menos dialectal, el español español y a veces también, pero muy raramente, el argentino.

La cantina constituye un verdadero oasis de sociabilidad en la soledad ininterrumpida del isleño. De allí surgirá la amistad y la enemistad, la nota social, el color político, mientras desaparece la carne entre las quijadas que la mastican con ritmo veloz, remojada en esa tinta nauseabunda del vino barato.

Para estos hombres, el día ha terminado ya. La charla de sobremesa, reciamente acodados en el mostrador, o en el hule grasiento de las tablas, es el coronamiento de una larga jornada de trabajo, jornada que ha comenzado dos o tres días antes. Primeramente la recolección de la fruta, encaramados en la escalerita triangular, pendidos entre las ramas del duraznero, o en el fangal de los membrillares, a veces con el agua a la rodilla, sangrados por los mosquitos o por el chicotazo de la rama flexible, dolorosa como un látigo. Luego el transporte hasta la canoa, llevada a la entraña misma del monte gracias al repunte del agua; luego la descarga junto al arroyo, la clasificación, el envasamiento en canastos, y luego su estiba en el lanchón que ha de llevarla al Tigre. Y así los toma la madrugada del Delta, aguantándose con el bichero entre los juncales, perdidos en la niebla que se levanta perezosamente del agua quieta, en un paisaje que se diluye en muselinas heladas.

El vaporcito frutero va enganchando la cadena de canoas cargadas hasta los bordes con el fragante producto del Delta. Y hacia el mercado.

Trabajos rudos, faenas donde se van dejando los riñones y la juventud, un poco cada día, acaban indefectiblemente ante la sonrisa despectiva del comprador del muelle. Y las peripecias de la oferta y la demanda constituyen el comentario, ya colérico, ya resignado, de los hombres de la cantina.

Un silbato imperioso vacía el recinto. El vapor llama a los hombres, demorados junto al vaso semilleno. Un último trago, y de nuevo al barco, al agua, a la isla. La peripecia cardinal de la vida del isleño ha terminado.

El barco está obstruído por todas partes por una carga heterogénea. Cemento en bolsas de arpillera y de papel; hierro trabajado, herramientas, camas, puertas y ventanas "standard", madera dura para las fundaciones, única que puede resistir la humedad constante del suelo, aceites, de oliva los menos, de maní y algodón los más, aceites que sirven indistintamente para las ensaladas y los cojinetes; ristras de cebollas y de ajos; bolsas de harina, de pan, paquetes, paquetes, paquetes... Hacia la proa, la carga de carne, como ya dijimos.

El alimento espiritual de las Islas va en forma de paquetes de diarios, de revistas, de folletos, diarios locales de San Fernando y de la capital, de más de cinco pisos y más de cinco secciones. Hay un tripulante en cada barco, encargado especialmente de la distribución de todo este material impreso. Su desempeño requiere las primeras letras y un brazo fuerte, porque cada diario describirá un viaje aéreo, desde el barco hasta la tierra firme, como esos aviones que lanzan los barcos de guerra con una catapulta. El diario o la revista es arrojado de revés, con seguro envión. Las cartas y papeles van enrollados a un tronquito de álamo, que les dará peso y cuerpo para llegar; facturas, cuentas, prospectos, etc. Ya no se usa tanto la propaganda impresa, porque la radio la ha suplido con ventaja. Gracias a la radio, el isleño tiene hoy sus cancionistas preferidos, discute acerca de la última función del teatro Colón; sabe del asalto de box, del match de football, del último discurso político de la Cámara.

El tránsito por el barco se hace difícil. Llega rezagado el último casco de vino, de 500 litros, cuyo fabricante, por una curiosa coincidencia, tiene un nombre muy parecido a Gargantúa... Encargos, hechos a gritos, desde el agitado mundillo de a bordo, y desde el plácido contemplativo concurso de la orilla.

Suena por última vez el pito del vapor; la escena de la partida tiene mucho parecido, por lo complicada y lenta, con el arranque de un transatlántico.

Antes de largar la amarra, el capitán repasa en su cabeza la lista de los encargos. Han sido hechos en los arroyos y canales, desde los embarcaderos, al paso del vapor. No; el capitán no se olvida de nada; y da, no muy seguro de su memoria, el timbre de arranque, con el temor de que, no antes de la vuelta del canal, empezarán a aparecer los encargos remisos, perdidos en un rincón de su cabeza, aquel precisamente que había olvidado de rascarse.

El dum dum de la máquina coincide con el chapoteo de la hélice, en el agua barrosa del canal, y el extraño bastimento comienza a resbalar a lo largo del muelle, en una estela olorosa de guisos y relente de máquinas. La pequeña velocidad de diez o quince kilómetros por hora le permitirá llegar, entrada la noche, a los confines del delta, en la costa de Entre Ríos.

La superficie esmerilada del agua se remueve un poco al paso del vapor, y luego vuelve a su solidez primitiva, acariciada por la llovizna. Las casas y arboladuras del Canal van desapareciendo en la niebla, y el viajero se encuentra entre el agua, la de abajo que lo sustenta y la de arriba que lo transe.

Ha penetrado en el Delta.

Leopoldo Hurtado

El Destino es chambón

= De *Caras y Caretas*. Buenos Aires =

1.—De como Juan Pedro Rearte hizo su entrada en el siglo xx.

El discutible principio popular de que "no hay dos sin tres" nunca fué más objetable que en el caso de Juan Pedro Rearte. Este viejo criollo, que había sido durante quince años cochero de la Compañía de Tranvías Ciudad de Buenos Aires, se fracturó una pierna hacia fines de la centuria pasada. Fué el suyo un accidente alegórico de fin de siglo: el tranvía que dirigía se llevó por delante la última carreta de bueyes que cruzaba las calles del centro. En "El Diario" de Láinez se destacó este episodio urbano como un postrer incidente de la lucha entre la Civilización y la Barbarie; y así, en virtud del descuido que le impidiera detener los caballos de su coche en la barranca de la calle Comercio, Rearte fué investido por el anónimo cronista del carácter de símbolo del Progreso.

El involuntario agresor de la última carreta tucumana fué llevado al Hospital de Caridad, en una de cuyas salas aguardó, con la paciencia de todos los humildes, a que el tiempo le soldara los dos fragmentos de tibia, violentamente separados por el choque y no menos violentamente puestos en presencia uno de otro por el precipitado cirujano que le hizo la primera cura. El buen discípulo de Pirovano—que tenía una obligación de carácter no profesional respecto a una de las posibles asistentes a la quermese del Parque Lezama, organizada por las Damas del Patronato,—a fin de ahorrar unos minutos, le acortó en cuatro centímetros la pierna derecha al pobre conductor de tranvía.

En su premura por asistir a aquel acto de beneficencia, había tratado la fractura, que era directa y total, como si fuese simple e incompleta, y dado que entre los milagros que puede obrar la Naturaleza, que son muchos, no se cuenta, sin embargo, el de corregir los errores de los médicos, Juan Pedro Rearte abandonó el hospital cojeando, y cojeando penetró en el siglo xx.

2.—Breve paréntesis sobre Filosofía de la Historia.

Hizo su entrada, en su nuevo carácter de inválido, con un poco de precipitación. (¿Qué rengo han visto ustedes que no camine apresuradamente, ni qué tartamudo que no hable con atropello? La lentitud majestuosa es el signo más aparente de la seguridad en el esfuerzo. Nuestros provincianos conocen instintivamente esta ley y abusan de ella hasta el punto de combinar, en algunos casos, la solemnidad y la tartamudez).

Insistimos en que el conductor Rearte adelantó improcedentemente su entrada en el presente siglo, pues aun no se había dictado la ley de accidentes del trabajo que debía ampararlo. Esta llegó a promulgarse tan sólo diez y seis años más tarde, pero aunque él la hubiese presentido, no habría podido aguardar todo ese tiempo en el hospital.

Arturo Cancela

Visto por *Valdivia*

Es cierto que el efecto más notable de esa ley ha consistido en la prolongación de las convalecencias. Cuando no regía, los heridos en el trabajo diario sanaban rápidamente o se morían, que es la más completa curación para todos los daños, aunque la más resistida...

Juan Pedro Rearte optó por restablecerse cuanto antes, sin recapacitar sobre la injusticia de su destino ni sobre el egoísmo de la Empresa que, tras quince años de trabajo, le abandonaba a su infortunio.

Nada más extraño a su espíritu que tales especulaciones. Ellas pertenecen, por entero, al historiador de este episodio, quien, como todos los historiadores, mezcla en sus reflexiones el pasado y el presente, lo real y lo posible, lo que "fué", lo que "hubo de ser" y lo que "habría debido ser".

La Filosofía de la Historia consiste esencialmente en ese anacronismo constante que tuerce con la imaginación, en todos los sentidos, el inflexible determinismo de los hechos.

3.—El "compadrito" y el orden social.

Juan Pedro Rearte no pudo pensar, ni aun sentir confusamente, nada de lo expuesto en el capítulo anterior, porque, al igual de todos los individuos de su profesión, era lo que en el lenguaje familiar de entonces se llamaba "un compadrito". Ahora bien: el compadrito era instintivamente conservador, como lo son todos los hombres satisfechos de sí mismos, y nadie más vano de su persona que aquellos cocheros de requintada gorra de visera, clavel tras de la oreja, pañuelo de seda al cuello, pantalón abombillado a la francesa y breves botinas de alto taco militar. El orgullo de su condición evidenciábase a cada momento, en los arabescos que dibujaban en el aire con la fusta al arrear los caballos; en los floreos con que exornaban en su corneta de asta las frases más sabidas de los aires populares; en la vertiginosa destreza con que daban vuelta a la manivela del freno; en la dulzura socarrona de sus requiebros a las mucamas, y en el desprecio burlón de sus intimaciones a los rivales en el tráfico.

Sólo cuando abandonaba la elevada plataforma—tribuna ambulante de galanterías y denuestos—tornaba el cochero de tranvía a su humilde condición de proletario. Pero esa vuelta a la obscuridad era demasiado breve para darle tiempo a reflexionar sobre lo inane de su orgullo.

Trabajando diez horas al día, faltábales el ocio, engendrador de todos los vicios y, en particular, del más terrible de todos ellos: el vicio filosófico del pesimismo y la timidez...

4.—Las reliquias de un contubernio.

Sin embargo, en los días que siguieron a su salida del hospital, Rearte dispuso de algunos momentos de ocio. Apenas en la calle, habíase encaminado a la Administración de la Compañía, donde, tímidamente, como si hubiese desertado por voluntad del puesto, formuló su deseo de volver al trabajo. Le hicieron dar unos pasos "para ver cómo había quedado de la pierna", y aunque la renguera era bien evidente, mister McNab, el administrador, dispuso que volviese a tomar servicio dentro de quince días. Además, le dió cincuenta pesos, junto con el consejo de que acortase tres centímetros el tacón del botín izquierdo para restablecer, en parte, el equilibrio de su apostura. Rearte se gastó el dinero, si bien no siguió el consejo.

En los quince días que transcurrieron hasta su vuelta al trabajo, casi no abandonó su ordenada habitación de celibatario, que ocupaba desde hacía diez años en una tranquila casa de la calle Perú. Consagró todo ese tiempo al cuidado de las dos docenas de parejas de canarios que eran el lujo de su existencia y el orgullo de sus condiciones de criador y pedagogo. De lo primero, porque toda aquella multitud canora tenía su origen en un solo casal legítimamente heredado de un compañero de pieza, que seis años antes había alzado el vuelo con todos sus ahorros y sus dos únicos trajes; y de lo segundo, porque poseía un arte especial para enseñar a los picho-

nes los temas melódicos que él ejecutaba en su corneta de tranviero.

De aquel malhadado contubernio le quedaban a Rearte, además de la pareja de canarios que, a modo de compensación, tan fecunda se mostrara, dos cromooleografías y algunos volúmenes. Es inútil advertir que ni los cuadros ni los libros se habían reproducido como los pájaros. Unos y otros seguían siendo los mismos que había abandonado en su fuga el desleal compañero: "El mitin del Frontón", en el que sobre un mar de tres mil galeras, todas iguales, se alzaba como un peñasco la silueta de un orador ilustre; "La revolución de Julio", donde la decoración belicosa del Parque contrasta con la actitud estudiadamente tribunicia de Alem; "La Unión Cívica: su origen y sus tendencias.—Publicación oficial", imponente mamotreto que el tranviero nunca se había atrevido a hojear; "Magia Blanca y Clave de los Sueños, obra que frecuentemente le era solicitada en préstamo por las vecinas; "El Secretario de los Amantes", a cuyo auxilio epistolar nunca le ocurriera acudir y, por último, "Los negocios de Carlos Lanza" por Eduardo Gutiérrez, crónica novelesca que había inspirado a Rearte una asombradiza desconfianza hacia los bancos y las casas de cambio.

5.—De cómo una sola y misma causa puede producir efectos contrarios.

Después de aquel corto reposo doméstico que Rearte consagró a la enseñanza de los primeros compases del vals "Sobre las Olas" a sus cuarenta y ocho canarios, nuestro héroe volvió a la escena de sus triunfos. Volvió algo disminuido en su estatura física pero engrandecido moralmente por la gloriosa desgracia que le valiera el suelto alegórico de "El Diario".

El obscuro conductor fué por algún tiempo el campeón del progreso, el destructor de carretas, el símbolo de las grandes conquistas de su siglo en el campo de los transportes urbanos.

Pero, como dice la "Imitación de Cristo", toda gloria humana es efímera, y después de muy pocos meses de gozarla, el propio progreso de que le armaran campeón lo dejó atrás.

Llegaron los tranvías eléctricos, y aunque Rearte pretendió convertirse en "motorman" no lo pudo a causa de su cojera, que le dificultaba tañer la campana avisadora. Durante el aprendizaje, cada vez que intentaba el advertidor taconazo, perdía el equilibrio... Este episodio, que tanto regocijo causó a los otros practicantes, fué motivo de amargas reflexiones para el pobre conductor.

"Así—se dijo para sí, con profunda melancolía,—el progreso me ha dejado rengo y mi propia renguera me impide seguirlo y hace ahora de mí el campeón del atraso".

Y así fué, en efecto, pues concluída la electrificación de las líneas, míster Bright, el nuevo administrador, lo destinó al enganche de acoplados en la estación Caridad. Con una yunta de caballos cada vez más flacos, Rearte llevaba varias veces al día, desde el interior de la estación hasta el centro de la calle, los viejos tranvías, cada vez más viejos, destinados ahora a ser un modesto apéndice de los coches motores.

Llegó a ser, de esta manera, por espacio de varios minutos, la parodia de sí mismo: de aquel Rearte conquistador y dicharachero que dibujaba con la fusta arabescos en el aire, llevaba un clavel tras de la oreja y tocaba en la corneta "Me gustan todas..." "Me gustan todos..." cada vez que se encontraba con una negra.

6.—Un accidente de tráfico

Quince años después de haberse resignado a ser un espectro de su pristina gloria callejera, Rearte llegó a la estación más temprano que de costumbre. El "mal de Bright"—y no ciertamente de aquel Bright de la Compañía Anglo-Argentina—hace a los hombres madrugadores. Lamentándose, con las palmas de las manos en la cintura y maldiciendo entre dientes, sentóse el viejo conductor en el alféizar de una ventana baja, bajo el cobertizo en que se alineaban los tranvías con el aire juicioso de bestias en pesebre. Frente a él una canilla mal cerrada goteaba isócrona y melancólicamente, agrandando con imperceptible tenacidad un ojo de agua que avivaba con su brillo la hostil fisonomía del corralón.

—Debe haber estado así toda la noche—pensó;—cada vez son más descuidados estos serenos. ¡Hijos de tal por cual! Conmigo habían de tratar e iban a andar derechitos...

Quiso ajustar el robinete, pero tras varias pruebas infructuosas en las que no logró más que salpicarse las botas y lastimarse un dedo, la canilla rebelde continuó manando, acompañándose ahora de una especie del silbido afónico de maestra a fin de curso. En pocos instantes el agua desbordó del cuenco de piedras que la contenía y corrió sinuosa al cauce recto y seguro de las vías.

Aquella débil corriente trájole a la memoria los antiguos tiempos, cuando a las cuatro gotas de lluvia inundábanse las mal niveladas calles de Buenos Aires. Por las Cinco Esquinas... ¡qué barriales! Ni con las cuartas se salía del atolladero, y era preciso esperar a que amainase, sentándose con los pasajeros en el respaldo de los asientos para esquivar el agua que llegaba al estribo inundando a veces el interior de los coches... Pero la gente era otra cosa; todos conocidos, todos amigos, sabía uno con quién trataba y a quién llevaba; se podía echar un párrafo y fumar un "Sublime" o un "Ideal" con cualquiera, y desde las puertas, en el verano, las familias que tomaban el fresco le daban a uno recuerdos para la familia...

La campana, advirtiendo la hora reglamentaria de salida para el primer coche, le hizo alejarse de la canilla, sonriendo a los recuerdos y, sumido aún en ellos, trajo y enganchó al acoplado la hirsuta yunta de jamelgos. Eso era lo que nunca había podido llevar con paciencia: ir manejando por las mejores calles de la ciudad, él, criollo de pura cepa española, apreciador y amigo de las buenas bestias, esos caballos escuálidos, alimentados como los cerdos con un revoltijo de afrecho y agua.

"Verdad es—pensó—que ni eso valen".

Ajustó las cadenas, trepó al pescante después de enrollarse al pescuezo la bufanda, silbó entre dientes una diana alegre, arreó a los infelices caballejos con un chasquido de lengua, y con un

irónico. "¡Vamos Bonito! ¡Vamos, Pipon!" arrancó el tranvía chirreando y crujiendo de todos sus goznes, junturas, vidrios y tablillas.

Fuera, ya debía esperarle "el eléctrico". Milagro que no tintineaba la campanilla bajo el tacón chueco del gallego Pedrosa. Pero no: la vía estaba expedita y en la helada neblina mañanera la ciudad se esfumaba empalidecida y melancólica como una vieja fotografía. El aire frío picoteó las sienes y las manos del conductor. De buena gana daría una vuelta—pensó; pero le distrajeron las señas desesperadas que le hacía desde la calle una mulata enorme, cargada con un canasto tapado por un paño blanco.

—¡Pare, pues!—le gritó.—¿Anda distraído, mozo?

Rearte paró en seco y la negra izó la mole temblorosa de sus carnes flácidas; crujió el estribo al peso de su alpargata enorme y con un relámpago de blancura entre el belfo pulposo, pidió al mayoral:

—¿Me alcanza la canasta ahora?

Accedió él galantemente, y mientras la negra rebuscaba en el bolsillo lleno de migas y medallas los dos pesos del viaje, comentaron el tiempo:

—Fresquita la mañana, ¿eh?

—Güena pa bañarse en el río.

—Como pa quedarse pasmao.

Un poco más lejos, desde un balcón bajo, una chinita mofletuda le mandó parar, mientras gritaba hacia el interior.

—¡El trangua, patrón, que pasa el trangua!

Salió agitadamente del portal un caballero solemne con levita y galera, que protestó enérgicamente:

—¡Qué horario desastroso! ¡No hay forma de desayunarse, y aun así llega uno tarde a todas partes! Pésimo servicio... abusos...

—Buenos días, don Máximo—cortó humildemente la mulata.

—Buenos, Rosario—y refiriéndose a algún sobreentendido:—¿Están tiernitas?

—Acabadas de salir del sartén. Si gusta...

Aceptó el caballero solemne una empanada crujiente que puso escamas de oro en la deslustrada solapa de su levita.

Rearte se acordaba de aquellas voces, aquel delicado aroma culinario; se sentía remozado e involuntariamente llevóse la mano a la oreja para cerciorarse si estaba en su puesto el clavel reventón, furtivamente arrancado de la clavelina del patio, que florecía en una lata grande de café. No, no lo llevaba, pero ¡claro está! si era invierno...

—¡Salga de ahí, mocito, salga pronto de ahí, si no quiere que le cuente a su padre!—gritó don Máximo a un muchacho que corría tras el coche con el designio evidente de colarse.

—Así pasan las desgracias—comentó la negra.

Rearte dió a diestra y siniestra unos formidables latigazos que el chico esquivó largándose y haciéndole la burla desde la calle.

Tocaban a misa en la Balvanera; la negra se santiguó devotamente, se descubrió don Máximo. En el atrio, dos curas, panzón y sucio el uno, esmirriado e igualmente sucio el otro, platicaban animadamente, el balandrán suelto y la teja en la mano. Sin que le hicieran señal, detuvo el conductor la marcha del tranvía. Saliendo de decir misa, todos los días lo tomaba el padre Prudencio Helguera. Aguardó dos minutos con la gorra en la mano a que su reverencia se despidiese; tosió discretamente don Máximo, carraspeó la negra y con un revuelo de faldas se instaló el sacerdote saludando como quien otorga indulgencia plenaria.

Rosario disimulaba su canasto, afectando mirar por la ventanilla dándose vuelta los anillos de plata que relucían en su mano retinta y huesosa.

—¿Se madruga, don Máximo?

—¡Qué quiere su reverencia, padre Prudencio, con este pésimo servicio de la Compañía!...

—La mañana está enormemente fresca, saludable respirar este aire, abre el apetito... y después de la misa...

—¿Asistió usted a la conferencia de anoche, en el Colegio Nacional, padre?

—Me fué imposible; tenía que preparar un sermón...

—El salón de actos era chico para contener al público, con los 840 alumnos, los profesores y los invitados...

—¿Sobre qué versó?

—Sobre los Evangelios...

El cura se revolvía en su asiento.

—¿Y tú, Rosario, siempre buena cristiana?

—Mientras no me manden cambiar...

—Y aunque mandaran... Tienen buen olor las de hoy...

Con un hilo de voz ofreció la negra:

—¿Si gusta?

—Arrojó don Máximo unas monedas al regazo, diciendo:

—Está pago.

—De ninguna manera, de ninguna manera—protestó el cura con melindres, y luego, distrayéndose:—¿No hay noticias de nuestros sueldos?

—Que yo sepa...

—A nosotros no nos pagan desde marzo...

—Pues a nosotros, desde enero...

—Los sueldos del magisterio y del sacerdocio debían ser sagrados para el país; en nuestras manos están su presente y su porvenir. Es escandaloso cuando pienso que en la sesión de ayer se han votado doscientos mil pesos para el mobiliario del archivo de los Tribunales...

Una jardinera de mazamorra cruzó al trote el pantano de Piedad y Andes, empapando al mayoral y a los pasajeros.

—¡Cuartiador!

—¡Salvaje!

—Haya paz, haya paz—intervino el cura, conciliador.

Aprovechando la parada, dos viejas que pasaban por la calle indagaron desde la ventanilla:

—¿Confesará mañana, padre Prudencio?

Su reverencia, preocupado en la honradez del comercio, se hacía llenar hasta los bordes una medida de mazamorra con leche, de **aquella** mazamorra que aun recuerdan los viejos y que desapareció con el empedrado.

Un sol pálido filtrábase a través de la caparazón de neblina; la calle comenzaba a poblarse y los gritos familiares de los abastecedores se juntaron a los cornetazos del "tranway"; vendedores de leña y de periódicos, pasteleros, vascos con el tarro al flanco de su cabalgadura y pregoneros de naranjas paraguayas y bananas del Brasil hicieron pronto coro al concierto de la perrera, al que despertó todas las mañanas la generación del 85.

—¿No quiere subir a dar una vuelta? La llevo de yapa—preguntó Rearte a una morochita regordeta que lavaba el umbral de una casa.

Contestó ariscada la muchacha:

—Y usted ¿no quiere que de yapa le friegue la jeta?

Frente a la Piedad se llenó el tranvía; hizo lugar, muy deferente, el padre Prudencio a una dama elegante con velito sobre los ojos y rosario enredado entre los dedos muy finos. Ella respondió apenas con condescendencia e hizo un gesto amistoso a un señor de barba rubia ya algo canosa.

—¿Tan tempranito y sola?

—De la iglesia; ya sabe que todos los meses vengo a comulgar expresamente. Y usted ¿a dónde va a estas horas y en "tranway"?

—Vuelvo, Teodorita, vuelvo...

—¡Y me lo dice! ¿Qué escándalo!

—Es que, desgraciadamente, vengo del club; toda la noche discutiendo el programa de propaganda.

—Y eso, para que salga la candidatura de Juárez...

—Es a lo único que me atrevo a decirle a usted que no, Teodorita; don Bernardo tiene el apoyo de la razón.

—Y Juárez, el del pueblo. Pero digamé, ¿entonces, no estuvo anoche en el Colón?

—No tengo el don de la ubicuidad. ¿Qué tal "Lucrecia"?

—"Lucrecia" mal; pero, en cambio, si hubiese visto a Guillermina...

—No sea murmuradora. Hablemos de otra cosa.

—¿Es que tiene miedo? En fin, como vuelvo de confesarme y he prometido no pecar de lengua...

El caballero procuró distraerla.

—Entonces, ¿no es gran cosa la Borghi Mamo?

—No se lució, le aseguro. ¡Cuando uno recuerda aquella "Lucrecia" de la Teodorini! ¿Y el bajo? En "Vieni, mia vendetta" creí que se me rompían los tímpanos!...

Estornudó un señor casposo con grue-

sos botines de elástico picados en los juanetes, que leía las "Noticias" de "La Nación".

—Hombre, no está mal esto...

—¿Qué?—indagó un joven que se entretenía en hacer en voz alta anagramas con los avisos que decoraban el interior del coche.

—Se piden felpudos en los "tranways" de San José de Flores, para evitar a los pasajeros el frío en los pies; yo sufro mucho de eso...

Un señor de bigotes ganchudos saludó deferentemente a otro con gabán avellana y aire de extranjero.

—Lo felicito, amigo Icaza; su proposición a la Municipalidad, que tanto se descuida en estos asuntos, me parece inmejorable...

—Es la única forma de acabar con las plagas de mosquitos y el contagio de tantas enfermedades...

—¿De qué se trata?—preguntó desde la otra punta el doctor Vélez.

—Una cosa muy sencilla. Simplemente, arar diez manzanas de terreno alrededor de los corrales y llevar allá por medio de cauces las aguas servidas para que desaparezcan por absorción...

—Sin contar que con el riego y los abonos la tierra llegará a ser fertilísima.

El tranvía dió un retumbo que arrojó a los pasajeros unos contra otros, despertando protestas terribles.

—¿Se ha hecho usted daño, Teodorita?

—¡Jesús, no vuelvo a tomar un "tranway" aunque tenga que pedir el coche en lo de Cabral a las cuatro de la mañana!

—Estos vehículos deberían ser para hombres solos...

Comentó el lector de "La Nación" un hecho terrible de las "Noticias":

—Figúrense ustedes, un pobre changador que descansaba tranquilamente sentado en el cordón de la vereda, en la esquina de Cangallo y La Florida y pasa un carro aplastándole el pie...

Dieron las siete en el reloj de San Ignacio. El profesor se despidió del sacerdote con sus protestas habituales, y éste, con los párpados entornados, comenzó a musitar el rosario. Descendieron también la dama elegante y el caballero distinguido. Dos señores que viajaban en la plataforma ocuparon los asientos prediciendo la crisis del gabinete inglés.

—Caerán Glandeston y los suyos; la situación es inminente...

—Y ¿qué opina usted del resultado de la gestión del doctor Pellegrini?

—Hábil diplomático, inteligencia superior, logrará el empréstito, seguramente...

Inquirió el más joven:

—Dígame, señor Poblet, ¿es cierto que se remate el campo de Rodríguez, en San Juan?

—¡Qué esperanza, mi amigo! Don Ernesto está cada vez más platudo. ¡Gallego de suerte, si los hay!

—Me informaron que se vendían treinta leguas sin base al lado de La Rosita y supuse... Si usted me puede facilitar datos exactos... me interesa.

—¡Cómo no!, es el campito de los Arcadini, familia vieja que pasea por Europa mientras acá un pícaro les administra... El que lo compre se hará rico, tierra de porvenir, amigo Cambaceres...

En aquel momento un apurado consultó el reloj.

—¡Qué embromar! ¡Las siete y veinte ya!

¡Cómo! Rearte había dejado las flacas bestias seguir al paso, interesado por los comentarios, y de pronto advirtió el retraso que llevaba... Era preciso llegar para la cuarta al Bajo del Retiro a las siete y media...

Fustigó enérgicamente los caballos, que al galope tomaron la curva de Maipú con peligro de descarrilar, y enderezaron hacia el norte.

7.—Donde Juan Pedro Rearte da un salto de 30 años.

Un estrépito formidable de cristales y tablas ahogaba el rumor de las conversaciones de los pasajeros. Ungido por una impaciencia de pesadilla, Rearte tocaba desesperadamente la corneta y cruzaba como una tromba las bocacalles. Los vigilantes, de quepis con morrión y polainas blancas, le saludaban irónicamente al paso, y desde el alto pescante de sus cupés, los cocheros de largos bigotes y barbita en punta le incitaban a correr más.

Orgulloso de sus caballos, Rearte no hacía caso de los timbrazos desesperados de los pasajeros...

De pronto se le nubló la visión y con un estampido de globo desapareció el paisaje familiar: los vigilantes de quepis y polainas blancas, los cocheros de barba, las jardineras de mazamorra, los vascos lecheros a caballo, las señoras de mantilla y los caballeros de sombrero de copa... Hasta la doble hilera de casas bajas se perdió en el horizonte fundiéndose como los últimos ramos de una vía férrea.

Rearte cerró los ojos con resignada tristeza para no ver aniquilarse los postreros fantasmas de su mundo: un farolero que se alejaba elásticamente con su lanza al hombro y un carro aguatero arrastrado pesadamente por tres mulas pequeñas.

. . . .

Cuando volvió a abrirlos, se encontró tirado junto al umbral de una puerta y a la sombra de una casa de siete pisos. Le rodeaba un círculo de gente a través de cuyas piernas pudo ver en la calzada los escombros del acoplado y en un charco de sangre los cuerpos inertes de los dos jamelgos.

Junto a él, un vigilante rubio interrogaba, libreta y lápiz en mano como un repórter oficioso, a un "motorman" pálido y locuaz.

Rearte pudo darse cuenta de que había atropellado a un tranvía eléctrico, y por los síntomas ya conocidos, advirtió que acababa de romperse la otra pierna.

Al recobrar la lucidez junto con el dolor, preocupóle únicamente saber la fecha del día.

—¿Qué día es hoy?—preguntó ansioso.

—26 de julio—respondióle el practicante que le palpaba el tobillo.

—¿Qué año—insistió Rearte.

—1918—contestó el practicante, y añadió, como para sí:—la tibia parece fracturada en tres partes.

—No es mucho para un salto de treinta años...—comentó filosóficamente el viejo conductor.

Porque treinta años antes—el 26 de julio de 1888—se le habían desbocado los caballos en el mismo trayecto y, según el médico, había estado a punto de quebrarse los huesos de la canilla.

Después de esa reflexión estoica, Juan Pedro Rearte cerró los ojos, simulando un desmayo. Le avergonzaba verse convertido en un objeto de curiosidad pública y tener que responder a las preguntas apremiantes de los policías. El hubiera deseado que le interrogase uno de aquellos vigilantes de quepis con morrión, tan arbitrarios y tan campechanos a la vez, los vigilantes de su juventud. Los de ahora le parecían extranjeros, y declarar ante ellos se le antojaba abdicar de su nacionalidad.

Y le molestaba sobre todo el asombro del "motorman" que no cesaba de repetir: "¿Pero cómo es posible que este armatoste haya cruzado toda la ciudad a esta hora y a contramano? ¿Cómo es posible?...

Rearte sabía como había sido posible, porque en los choques entre los alucinados y la realidad, ellos poseen la clave inefable del misterio. Mas ¿cómo explicárselo a aquel rudo sirviente de una máquina?

8.—El Destino es chambón...

Ya en la ambulancia, con la locuacidad que le prestaba la morfina, Rearte dióse a explicar el misterio:

—Es que el Destino es pícaro y chambón como los gringos... Estaba de Dios desde que subí a un tranvía, que había de quebrarme la pierna izquierda. Ya me la hube de romper hace treinta años, pero me salvó un milagro. El 90, en Lavalle y Paraná, el primer día de la revolución, tres balas atravesaron la plataforma a la altura de la rodilla, sin rozarme siquiera el pantalón. Después, cuando el choque con la carreta, el Destino se equivocó y me rompió la derecha. Y ahora, por miedo de que me le escapase, ha urdido esta trampa para salir con la suya. ¡Vea que es Diablo! ¿No?...

Arturo Cancela

Dos fragmentos

= Del folleto *Americanismo y cubanismo literarios*. La Habana. 1932. =

Hispanoamérica, contradicción

Carlos Alberto Erro, en un libro rico de afiladas sugestiones, quiere dar con "el ritmo irreductible y último del alma criolla". Para lograrlo intenta descubrir lo inseparablemente distintivo de nuestros pueblos. Para él, Hispanoamérica es una fuerza en marcha ascendente, un Continente en realización, un "mundo que nace". El porvenir—dice—no es para nosotros un mañana que nunca llega sino un mañana que está de continuo deslizándose y convirtiéndose en presente. El europeo—anota—muere en el paisaje que le reveló la vida. El americano ve transformarse a cada instante su medio sustentador: la aldea se vuelve ciudad a su vista, el campo de ayer es ya aldea con ímpetu y deseo de ciudad. En esta transformación apresurada el hombre de América es partícula activa, colaboradora del paisaje. El arte americano ha de salir contaminado de dinamicidad y porvenir.

Pero,—y he aquí la superlativa contradicción—el americano, como advierte sagazmente Erro, dista mucho de ser el hombre poseído de pasión porvenirista, el gozador consciente de la juvenilia alborozada que lo cerca. La transformación de América parece producirse a contrapelo del americano, a pesar de él. En el caso argentino—sobre el que Erro hace incidir más enérgicamente la luz de su examen—la contradicción es particularmente significativa: la pampa es en buena parte un camino que anda hacia lo urbano: en ella crecen con pasmosa celeridad industrias, poblados, ciudades. Aquella visión profética de Sarmiento en **Presente y porvenir,** aquella ordenada confusión de movimiento y de progreso: urbes, fábricas, barcos, ferrocarriles, en febril contracción creadora, se está realizando en el Sur. Y frente a ese crecimiento pasmoso, el criollo de Buenos Aires y de Córdoba es melancólico y descreído y el gaucho no ambiciona mudar en calles sus senderos. Al movimiento civilizador, transformador, opone el hombre de ciudad un elegante fatalismo, un dejar pasar sin entusiasmo la corriente vitalizadora. El hombre del campo se arrellana en su espectación austeramente irónica: su lírico apego a la tierra se duele resignadamente del resorte técnico que le roba la pampa.

El análisis de Erro padece del error frecuente de juzgar la América indohispánica por la salud argentina. Pero entrega, veámoslo, una gran verdad. No toda Hispanoamérica es pujanza poderosa, pero todo criollo es irónicamente escéptico cuando descansa de ser triste. El espectáculo del progreso material—Argentina—no le mata la duda; el momento de trágica indigencia—Antillas—no le apaga la burla. Hay, pues, un hecho permanente y universal en lo criollo: **la postura irresponsable ante la circunstancia.** El fiero individualismo jerárquico del español, su sentido feudal de lo económico, se ha maridado en nuestras tierras al quietismo del indio,—extranjero a la cultura envolvente como a la llegada de Cortés—y a la imprevisión risueña y alborotada del africano. Y cada una de estas posturas vitales—anótese—es contraria, opuesta, a una energía machiembrada en la naturaleza joven, a un esfuerzo consonante con la posibilidad ilimitada de un mundo inexplotado. Las sangres enlazadas en el caudal hispanoamericano son las necesarias a engendrar un espectador sin ligamen umbilical con su dintorno. En lo literario se advierte como en ningún aspecto. No tiene la Argentina el exaltador de su grandeza, (La **Oda a los ganados y a las mieses,** es como la famosa de don Andrés Bello, buena oratoria agrícola). Todavía no ha nacido en el Sur "el diestrísimo cazador de los nuevos motivos que el tiempo planta en América con desusada velocidad... el poeta fuerte, religioso y enérgico". Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, Nicaragua, Haití, no han parido aún la voz magna traductora fiel de sus agonías.

Cuando la masa activa de un grupo no se siente unida por la entraña a su destino, el escritor—que para serlo de veras ha de respirar a pecho inflado el aire patético de su más cercana humanidad—toma hacia la erudición o hacia el virtuosismo. Si la lengua y la cultura no han cuajado en su cercanía, la evasión es total. Sin olvidar que el cuentista, el novelista, el poeta y el pensador son parte de la masa desentendida de su mañana y reflejo de la evasión previa que está en la propia masa.

La huella de la huída

Pero cabe, por aquella disciplina humilde que dijimos, ir al menos a la expresión leal de nuestra deserción. El hombre puede huir de su porvenir, renegar de su vecindad, pero en el mismo gesto de renuncia estará la marca de su origen. El ademán elegantemente desilusionado del hispanoamericano es sólo de él; es inútil buscar en Europa o en Asia, "la tristura, la inmóvil burlería, la insinuación irónica, únicos sentires, en decir de Jorge Luis Borges, que un arte criollo puede pronunciar sin dejo forastero". **Don Segundo Sombra** es la mejor prueba de ese inconfundible gesto de abandono que vive en nuestra gente. Los días de don Segundo son iguales—porque es don Segundo quien hace las horas a su imagen y semejanza—al paso que los amaneceres de la pampa se sorprenden de los cambios inesperados. La carrera de don Segundo es una retirada—dignísima—ante la energía gringa, intrusa, odiada y omnipotente.

En la reproducción de nuestro fatalismo riente, como ande por medio la fuerza exaltadora del arte, puede estar el inicio de una fusión gozosamente fecunda con lo nuestro. Cuando la masa actora se reconozca en el cuento, en la novela, en el poema y en el ensayo pensador, cuando aquilate, por obra del arte, su grave extranjería y el mañana desolado que su deserción le está acercando, empezará a meter reflexión entusiasmada en su melancolía y alegría viril en la frivolidad de ahora. Y el arte habrá cumplido en América su mejor trayectoria.

Juan Marinello

Carta de José Martí a Bartolomé Mitre y Vedia

= Del Tomo I del *Epistolario «Cultural»*, S. A. Habana, 1930 =

Señor y amigo:

Contesto ahora, en medio de verdaderas premuras su carta, sólo en lo cuerda igual a lo generosa, de 26 de septiembre último. Me pareció un rayo de mi propio sol, y palabra del alma; ni me parece ahora que escribo a amistad nueva, sino a amigo antiguo, de corazón caliente y mente alta. No hay bien como el de estimar,—y acaso sea este hoy mi único placer. Queda, pues, dicho que leí con verdadero gozo sus observaciones acerca de la naturaleza de las cartas en que su buena voluntad permite que me empeñe, y que el gozo fué tanto porque ví mis pensamientos en los suyos, cuanto porque penetró Ud. en los míos. No hay cosa que yo abomine tanto como la pasión. Cierto que no me parece que sea buena raíz de pueblo, este amor exclusivo, vehemente y desasosegado de la fortuna material que malogra aquí, o pule sólo de un lado, las gentes,—y les da a la par aire de colosos y de niños. Cierto que en un cúmulo de pensadores avariciosos hierven ansias que no son para agradar, ni tranquilizar, a las tierras más jóvenes, y más generosamente inquietas de nuestra América. Cierto que me parecería cosa dolorosísima ver morir una tórtola a manos de un ogro. Pero ni la naturaleza humana es de ley tan ruin que la oscurezcan y encobren malas ligas meramente accidentales; ni lo que piense un cenáculo de ultra-aguilistas es el pensar de todo un pueblo heterogéneo, trabajador, conservador, entretenido en sí, y por sus mismas fuerzas varias, equilibrado; ni cabe de unas cuantas plumadas pretenciosas dar juicio cabal de una nación en que se han dado cita, al reclamo de la libertad, como todos los hombres, todo los problemas. Ni ante espectáculos magníficos, y contrapeso saludable de influencias libres, y resurrecciones del derecho humano, aquí mismo a veces aletargado,—cumple a un veedor fiel cerrar los ojos, ni a un decidor leal decir menos de las maravillas que está viendo. Hoy, sobre todo, en que en ciertas comarcas de nuestra América, en que arraigó España más hondamente que en otras, se capitanea, bajo bandera literaria y amor poético de la tradición, una mala empresa de vuelta a los estancados tiempos viejos,—urge sacar a luz con todas sus magnificencias, y poner en relieve con todas sus fuerzas, esta espléndida lidia de hombres.

Siendo esa mi manera de pensar, bien hizo Ud., pues, en mermar de mi primera carta,—por cuya publicación y afectuoso anuncio le quedo agradecido,—lo que pudiera darle, por ser primera e ir descosida de otras, aire de prevenida y acometedora. Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes. y hacer los artículos de diario como si fueran libros, por lo cual no escribo con sosiego, ni con mi verdadero modo de escribir, sino cuando siento que escribo para gentes que han de amarme, y cuando puedo, en pequeñas obras sucesivas, ir contorneando insensiblemente en lo exterior la obra previa hecha ya en mí. Y esto creo que se lo dije en carta, al enviarle mi correspondencia, a nuestro amigo benevolentísimo el señor Carranza, y le rogué que pidiera a Ud. perdón por ello. Ahora ya sé que ando entre gentes de alma noble, y que me siento a buen festín, y no tengo sino dejar salir el alma, en la que tengo fe. Y fío en que la he de hacer sentir, por cariñosa y por humilde. No me parecen definitivas sino las conquistas de la mansedumbre.

Me dice Ud. que me deja en libertad para censurar lo que, al escribir sobre las cosas de esta tierra, halle la pluma digno de censuras. Y esta es para mí la faena más penosa. Para mí la crítica no ha sido nunca más que el mero ejercicio del criterio. Cuando escribía juicios de dramas, callar sobre los malos era mi única manera de decir que lo eran. Puesto que el aplauso es la forma de la aprobación, me parece que el silencio es forma de desaprobación sobrada. No tenga Ud. la abundancia de mis censuras, que se desvanecen delante de mi pluma, como los diablos delante de la cruz. Yo sé que es flaqueza mía; pero no puedo remediarlo. Suelo ser caluroso en la alabanza, y no hay cosa que me guste más como tener que alabar,—pero en las censuras, de puro sobrio, peco por malo. Cuando haya cosas censurables, ellas se censurarán por sí mismas; que yo no haré en mis cartas—pues ya dicho sin decirlo que acepto el honor de escribirlas para **La Nación,**—sino presentar las cosas como sean, que es sistema cuerdo de quien por no ser de la tierra, tiene miedo de pensar desacertadamente, o amar demasiado, o demasiado poco. El método para las cartas de New York que durante un año he venido escribiendo, hasta tres meses hace que cesé de ellas, ha sido poner los ojos limpios de prejuicios en todos los campos, y el oído a los diversos vientos, y luego de bien henchidos el juicio de pareceres distintos e impresiones, dejarlos hervir, y dar de sí la esencia,—cuidando no adelantar juicio enemigo sin que haya sido antes pronunciado por boca de la tierra, porque no parezca mi boca temeraria:—y de no adelantar suposición que los diarios, debates del Congreso y conversaciones corrientes, no hayan de antemano adelantado. De mí, no pongo más que mi amor a la expansión—y mi horror al encarcelamiento del espíritu humano. Sobre este eje, todo aquello gira. ¿No le place esta manera de zurcir mis cartas? Ya las verá sinceras,—con lo que Ud., que lo es tanto—no me las tendrá a mal.

Dicho ya, tan a la ligera que va a parecerle acaso violento y confuso mi modo general de ver; y puesta por delante mi alegría de hallar a tanta distancia un corazón vecino,—le pediré perdón por no haber aprovechado el correo anterior para responder su carta, y por no comenzar con mi correspondencia hoy la serie definitiva de las mías para el periódico. Pero después de dos años de no ver a mi mujer e hijo, me han venido en estos mismos días, en medio de este crudísimo diciembre, a alegrar mi casita recién hecha, que es toda de Ud. Y primero las ansias de aguardarlos, y los miedos de que no viniesen, y luego las faenas del establecimiento, y las enfermedades de aclimatación,—me han quitado el sosiego de espíritu y claridad de mente necesarios para escribir con honradez y serenidad cosas que han de leer gentes sensatas. No lo achaque, por Dios, a informalidades de gentes letradas, que en esto no fuí nunca, ni quiero yo ser, gente de letras. Sino a calor del espíritu, que me deja sin fuerzas para obras menores cuando me lo solicita y concentra toda obra mayor. Ahora mismo le escribo, sin papel apenas en qué dejar caer estos renglones, y muy entrada ya la noche fría, fatigado de un día muy la-

borioso, de todo lo cual le pido excusa. Pero ya con buena parte de los míos a mi lado, y calmado el afán de verlos venir, me doy sin tardanza a mi nueva sabrosa tarea. Y cada mes, como Uds. bondadosamente me lo piden, comenzando por el próximo enero, y por el vapor directo, o el primero que en el mes salga, le enviaré en mi carta noticia, que procuraré hacer varia, honda y animada, de cuanto importante por su carácter general, o especialmente interesante para su país, sucede en éste. Lo pintoresco aligerará lo grave; y lo literario alegrará lo político. Cuando hablo de literatura, no hablo de alardear de imaginación, ni de literatura mía, sino de dar cuenta fiel de los productos de la ajena. Aunque ya han muerto Emerson y Longfellow, y Whitier y Holmes están para morir. De prosistas, hay muchedumbre, pero ninguno hereda a Mobley. Hay un joven novelista que se afrancesa, Henry James. Pero queda un grandísimo poeta rebelde y pujante, Walt Whitman, y apunta un crítico bueno, Clarence Stedman. Esta noticia se me ha salido de la pluma, como a un buen gustador se va derechamente, y como por instinto, una golosina.

Réstame sólo, por ser contra mi voluntad tiempo de poner punto a esta carta, darme los parabienes de haber hallado en mi camino a un caballero bueno de las letras, que de fijo lo es bueno en todas las cosas de la vida. Escribiré para **La Nación** fuera de todos los respetos y discreciones necesarias en quien sale al público—como si escribiera a mi propia familia. No hay tormento mayor que escribir contra el alma, o sin ella. Por lo generosa,—y bien sé cuán valiosa es la hospitalidad que en **La Nación** venerable me brinda, —tengo las manos llenas de gracias. La estimo vivamente, y haré por pagarla. Ojalá sienta Ud. en esta carta el cariño y efusión con que se la escribe su amigo y servidor afectuoso,

José Martí

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras)

Señalamos, agradecemos:

Ezequiel Martínez Estrada (Lavalle, 166. Buenos Aires, Rep. Argentina): ***Radiografía de la Pampa.*** Babel. Buenos Aires. 1933.

Manuel González Prada: ***Bajo el Oprobio.*** París. 1933. (Páginas póstumas de González Prada contra las tiranías militares en el Perú.)

Francisco Valdés (Giner de los Ríos, 16. Don Benito. Badajoz. España): ***8 estampas extremeñas con su marco.*** Madrid. 1932.

Arturo Arango Uribe: ***180 días en el frente.*** Tip. Cervantes. Manizales. Colombia. Envío de Arturo Zapata.

Leonor Llach (Fresno 266. México, D. F México: ***Cuadros conocidos.*** Cuentos Editorial «Cvltvra». México. 1933.

Alfonso Mejía Robledo: ***La risa de la fuente.*** Novela inédita. Prólogo de Vicente Clavel. Edit. Cervantes. Barcelona. 1933.
Por la Legación de Colombia en Panamá.

Samuel A. Lillo (Los Guindos, Plaza Pedro Montt. Santiago de Chile): ***Fuente Secreta*** (Poesías líricas). Edit. del Pacífico. Santiago de Chile. 1933.

Rafael Arango Villegas: ***Bobadas mías..*** Manizales. Colombia. 1933.

Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo: ***Reflexiones sobre el contagio y trasmisión de las viruelas.*** Imp. Municipal. Quito. Ecuador. 1930. Con un prólogo de Gualberto Arcos.

Rafael Arévalo Martínez: ***La signatura de la Esfinge.*** (Narración de J. M. Cendal, profesor universitario). Guatemala. 1933.

Armando Godoy (43, rue Raffet. París XVIe.): ***Ite, missa est.*** Précédé d'une Glose de Jean Royére. Paris. Editions B. Grasset.

Fernando Paz Castillo: ***La voz de los cuatro vientos.*** Poemas. Edit. «Elite». Caracas. 1931.
Con el autor: Cuartel Viejo a Pineda 25³. Caracas. Venezuela.

Arturo Mejía Nieto (Consulado General de Honduras. Buenos Aires. Rep. Argentina): ***El perfil americano.*** (Ensayo de interpretación de la realidad americana). Librería Anaconda. Buenos Aires. 1933.

También por Espasa Calpe, S. A. Madrid:

Marqués de Villa Urrutia: ***Cristina de Silecia.***
En la serie «Vidas Extraordinarias».

Raimundo Lulio: ***Obras filosóficas:*** Libro de los Proverbios y Proverbios de enseñanza. Libros de las Bestias. Versión de Francisco Sureda Blanes. Madrid. 1933.
En la muy interesante: «Nueva Biblioteca Filosófica».

Novedad editorial:

D. H. Lawrence: *Canguro.* Novela. Prólogo de Victoria Ocampo. Publicaciones de la Revista *Sur.* Madrid-Buenos Aires. 1 volumen de 558 páginas. 16 pts.

En general se conoce mal la moderna literatura inglesa. Durante estos últimos años se ha prestado atención, cierto es, a las manifestaciones últimas de las letras extranjeras; pero, atendiendo preferentemente a divulgar aquellas obras de marcada tendenciosidad política o social, se ha descuidado esa otra extensa zona de literatura novelesca que afirma su interés permanente en la primacía de los valores intrínsecamente literarios.

A llenar tal vacío se dirigen las nuevas publicaciones de la gran revista argentina *Sur*. Y buen testimonio de tal propósito es el magnífico libro que ahora acaba de lanzar a las librerías.

Canguro es la primera novela vertida al español del gran escritor D. H. Lawrence, considerado sin disputa como la más poderosa personalidad de la moderna literatura inglesa, y cuyos libros vienen siendo tan leídos y celebrados durante estos últimos años. De entre ellos *Canguro* ha sido calificado unánimemente como una obra maestra.

Se trata, en efecto, de un libro originalísimo que habrá de suscitar en España y América las mayores curiosidades y entusiasmos. Como escribe su prologuista, la ilustre escritora argentina Victoria Ocampo: «D. H. Lawrence es un escritor que ni debe ni puede discutirse. Gusta o no gusta. Y Y aquellos que lo aman se sienten arrastrados hacia él por razones tan hondas, que el hecho de no compartir todas sus ideas, o de ver con claridad sus torpezas y errores, no disminuye este amor».

Canguro, por el marco en que desenvuelve su acción—la nueva y remota Australia—como por la psicología de sus personajes y el hondo dramatismo de sus escenas, es un libro de lectura cautivadora y apasionante, que ningún fino gustador de arte podrá ignorar.

Este libro lleva un extenso y documentado prólogo, estudio biográfico y crítico de la personalidad de Lawrence, por Victoria Ocampo. La edición es primorosa, de un gusto y una sobriedad poco corrientes.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.

INDICE



CON EL ULTIMO CORREO:

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: { El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Del Buenos Aires antiguo

═ *Envío del autor.* Buenos Aires ═

Respetable en cualquier parte,
vecino de buenas prendas
y a quien dicen Su Merced
las buenas y malas lenguas;
tan medido en sus decires
como grave en sus maneras,
todo compostura, todo
austeridad y decencia.
Diez y seis hijos que tiene,
—diez y seis de tres morenas,
por supuesto, sus esclavas,—
son afán de su conciencia.
Como buen y fiel cristiano
disciplina dales recia,
que mejor se lava el lienzo
cuando más lo batanean.
Los mestizos, genuflexos,
cuando apenas se despierta,
Bendición, Señor, le piden
y él, ceñudo, la dispensa.
En su casa, ni un rumor;
y en eterna hora de queda,
—¡oh! silencio!, ¡está el Señor!—
sólo se oye que gotea
sobre el pozo el cubo lleno.
Cuando al fin la noche cierra,
diez y seis arrodillados
en austero coro rezan
el Bendito y alabado.
Una mecha en sebo quema
en un cuenco ruin de estaño;
la luz triste temblotea
sobre ellos y las madres
humildosas y pequeñas...
Llega él furtivo, asoma
la chupada faz cenceña
y entre tanto arrodillado
noche a noche elije presa
y en los fondos de la casa
cuerpo y alma le flagela
respetable, grave, digno...
¡Que recuerde así, que sepa
que si no pecamos hoy
el pecado nos acecha!
Además de intento santo
salutífera faena:
el sudor que entonces cae
en su chupa color fresa
los espíritus vitales
agilita y despereza.
Cuando ahorcan, cuando el Rey
y la ley cobran sus cuentas,
con las tres enjutas madres
diez y seis van en hilera.
A la plaza van a ver
la postrer fatal pirueta
que dará el ajusticiado.
Ciertamente es eso escuela
y es lección al buen camino.
"¡Aprended cría perversa!"
su señor de pronto grita
y alza tanto la derecha
cuando al fin el condenado
sobre todo la caterva
queda inmóvil... y mirándolos.
Y el tambor suena que suena...
Aquel hombre tan entero
pena fué que se muriera.
Lo llevaban. Y otra vez
diez y seis van en hilera.
Lo bajaron. Muy correctos
diez y seis allí en hilera.
Y ninguno derramó,
ni una lágrima siquiera.
Fué respeto y nada más
pues su padre y señor era
respetable en cualquier parte.

POTIN

—No comentaba otra cosa
la tertulia de Avilés.
Sin duda,—es público el caso,
lo sabe vuesa mercé.
—¡Ah! ¿son las pelucas verdes
que ha traído un portugués,
o en el brick americano
que está en el Río hace un mes
casóse otro luterano?
—Ni portugués ni Luzbel.
—Misia Oblata: ¿hoy comidilla?
—Pudiera... pudiera ser...
—Siéntese aquí, en el estrado.
¿Cierro la puerta?—Está bien;
veremos así quién pasa.
A la una y a las... tres:
que los dominicos tienen
un predicador novel.
—¿Uno que lleva las mangas
forradas de armiño?—Es él.
—¿Y se hace tirabuzones
con nuditos de papel?
—¿Le conoce mi señora?
—Me habló de él, no sé quién...
—Pues si en predicar es joven,
en lo demás lo es también:
dicen que en su amable trato
tan amable llegó a ser
que a una de las tres muchachas
de la esquina de Perdriel
dentro de un escapulario
un billete mandó ayer,
en el cual el confesor
es confesado a su vez.
A cuál de las tres, ignoro...
Tal vez a las tres...—¡Tal vez!
¡Ave María! ¿Y confiesa?
—El domingo en la de diez
confiesa. Mándele aviso...
—¡Oh, señora! ¡si no iré!
—El conoce el alma humana
como el virrey su ajedrez.
—¿Y el billete?—¡Oh, el billete!
¿lo ha visto vuesa mercé?
¿No puede ser devaneo
de ociosa lengua?—Así es:
anda tanta lengua vana...
—¿Cuento ya con el placer
de vernos las dos allí?
—Para mí será el placer...

LAS DIEZ

Don-don, la de San Ignacio
trin-trin, la de las monjitas;
la campana señorona,
la campaña señorita:
una, desde arriba, ordena;
otra, desde cerca, invita;
una que dice: oh, Señor!,
y la otra: **date lilia...**
Las damas, en los zaguanes,
prenden rebozo y mantilla;
en las calles vuela olor
a incienso de las capillas;
en las casas, a cedrón,
alhucema y manzanilla...
Pasa un regidor, la enjuta
mano en el pecho extendida,
tieso el casacón y tiesa
de cerote, la perilla.
La vereda de ladrillos,
tan regada y tan barrida
exhala un aroma fresco,
como de mantelería...
Sermonea la mayor,
ríe la campana chica,
sermonea "Don Simón"
y ríe "La Merceditas"...
Y grandes rosarios negros
sobre las faldas sombrías,
sobre el raso de Florencia
que a cada paso suspira.

Enrique Banchs

Imprenta LA TRIBUNA